DGCL
A

C. 113521
t.108619

GLORIAS PATRIAS.

EL CID CAMPEADOR,

RODRIGO DIAZ, SEÑOR DE VIVAR.

GLORIAS PATRIAS.

EL CID CAMPEADOR,

RODRIGO DIAZ, SEÑOR DE VIVAR.

GLORIAS PATRIAS.

EL CID CAMPEADOR,

RODRIGO DIAZ, SEÑOR DE VIVAR.

POEMA

DE

D. DIONISIO MONEDERO ORDOÑEZ,

DEDICADO

Á CASTILLA LA VIEJA.

BURGOS: 1879.

IMPRENTA DE D. TIMOTEO ARNAIZ, plaza de Prim, núm. 17.

R. 84839

Es propiedad de su autor.

Los ejemplares que no lleven su rúbrica y sello serán perseguidos como furtivos bajo las penas señaladas.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Á CASTILLA LA VIEJA.

Nada más digno de pueblos ilustres que atesorar incólume la veneranda memoria de sus gloriosos antepasados, cuyos hechos, que honran y enaltecen á esos mismos pueblos á colosal altura, deben correr de boca en boca entre niños y ancianos, sábios é ignorantes, poderosos y humildes.

No ya tan solo los nacionales, sino hasta los extranjeros saben quien es el Cid, Rodrigo Diaz, Ruí Diaz, el Señor de Vivar ó el Campeador; mas la generalidad no conoce los sucesos todos culminantes de su vida, por hallarse diseminados en abultados y costosos volúmenes, que muchos no pueden leer: así, y con el sencillo y único objeto de popularizar los hechos históricos, verdaderos y comprobados del más bravo, más noble y más leal hijo

de la antigua Capital de la Vieja Castilla, orgullo del pueblo que meció su cuna y gloria y prez de España entera, publico este librito, en el cual, con datos exactos de los historiadores de más nota, [1] se patentizan las hazañas del Héroe, desde su nacimiento hasta su muerte, y á la vez las de los ilustres patricios castellanos de aquellas épocas.

Pueblo de Castilla: Ya que á tu gloriosa historia, admiracion de todas las de los demás pueblos, pertenecen estas páginas, á tí tiene el honor de dedicarlas

El Autor.

(1) Y documentos inéditos facilitados por el paleógrafo D. Francisco Rodriguez, archivero que ha sido del Excmo. Ayuntamiento de Burgos.

EL CID.

«Modesta emprende la veraz Historia
Los graves hechos referir fielmente,
Y el sagrado depósito inviolable
Religiosa guardar de gente en gente.»
Martinez de la Rosa.—POÉTICA.

I.

Nobilísimo Cid, de España gloria:
Honor de la cabeza de Castilla:
Tu nombre esplendoroso está en la Historia,
Y en letras de oro refulgente brilla:
Eternizada se halla tu memoria:
Eres del mundo entero maravilla:
Y es que alcanzaste tan inmensa fama,
Que tu solo recuerdo el pecho inflama.

Y por eso son héroes los iberos,
Porque tu heróico aliento han heredado;
Y por eso de España los guerreros
En franca y noble lid siempre han triunfado:
Modelo de los bravos caballeros;
Tu nombre nunca se verá eclipsado,
Pues tu corazon noble reunía
Piedad, saber, esfuerzo é hidalguía.

Las glorias castellanas amo tanto.....
Que por ellas daría mi existencia;
Por eso las dedico hoy este canto
Aunque sin armonía ni elocuencia.
Inspiracion divina: Genio santo:
Dadme el secreto de la gaya ciencia,
Que es ruda por demás mi humilde lira
Si vuestro dulce aliento no la inspira.

II.

En la noble cabeza de Castilla
La invicta Búrgos, sin rival en fama,
Nació en mil veintiseis quien tanto brilla,
Vástago insigne de preclara rama:
De Don Diego Laínez, sin mancilla,
Hijo es el Cid, y de la noble dama
Doña Teresa Nuñez, virtuosa,
Del Señor de Vivar muy digna esposa.

Celebróse con pompa inusitada
El bautismo del Héroe Castellano,
Y toda la nobleza fué invitada
De Castillla, y su Conde Soberano (1).
San Martin fué la iglesia designada
Para darle su nombre de cristiano,
Y Ruí llamóse, y Diaz de apellido,
Nombres que el mundo tanto ha enaltecido.

Fué padrino de este héroe tan famoso
Un capellan del Conde, nominado
Don Pedro de Pernegas, que orgulloso
Se mostraba de haberle apadrinado.
Era además de capellan celoso,
Cura de San Martin, beneficiado,
Parroquia que en el dia ya no existe;
El arco de su nombre, sí, subsiste.

Reinaba el primer conde independiente,
El buen Gonzalo Nuñez esforzado,
Cuando en Búrgos creóse sábiamente
Un colegio de nobles, bien montado:
No enseñaban en él tan solamente
La ciencia del gobierno del Estado;
Los jóvenes que ingreso allí lograban,
El acero y la maza manejaban.

Habia doce años ya cumplido
El héroe, cuyas glorias aquí canto,
Cuando en dicho colegio fué admitido,
Notándose en seguida su adelanto.
Con su claro talento conseguido
Hubo en muy poco tiempo fruto tanto.....
Que Fernando primero, enamorado
De sus prendas, llevósele á su lado.

Don Pedro en San Martin de la Bodega (2)
Tenía caballeriza renombrada,
Y un dia con su ahijado Ruí, allí llega
Y le dice:—«¿Qué potro más te agrada?
Yo agora del que gustes te hago entrega.»
—«Bien—Ruí dijo— la oferta es estimada;»
Y habiendo desechado varios bellos,
Sacó uno mal fachado de entre ellos.

—«¡Cómo!—dice el padrino,—¡gran babieca!
¿Eliges ese potro mal fachado?
Déjale, en paz, y por mejor le trueca,
Que estuviste, por Dios, desacertado.»
—«Non,—Ruí dijo,—que oriundo de la Meca
Paresce magüer sea mal formado;
Y en recuerdo de agora, buen padrino,
He de llamar *Babieca* á este rocino.»

Veinte años Rodrigo áun no contaba,
Y ya le distinguía el Soberano;
Por su amabilidad se conquistaba
El cariño del pueblo castellano:
A los hijos del Rey acompañaba,
Los cuales le trataban como á hermano:
Su estatura era media; el parecido
Era bueno, y su porte distinguido.

De los magnates de la Corte amado
Era Ruí, y de la Infanta (3) distinguido:
Don Gomez de Gormaz enamorado
De él estaba por bravo y aguerrido:
Tan jóven aún, del Rey era privado;
De todos era en fin, Ruí Diaz, querido;
Mas una cuestion de honra vino un dia,
Alterando la paz en que vivía.

Y es que hallándose en junta reunidos
Los mejores guerreros de Castilla,
Por grandes altercados allí habidos,
Don Gomez de Gormaz dió en la mejilla
Al padre de Don Ruí, y enardecidos
Los ánimos por esta gran mancilla,
Don Ruí en defensa de su padre anciano,
Juró tomar venganza por su mano.

Esta tuvo lugar cuando invadieron
Los moros los dominios castellanos,
Y guiados por tres reyes recorrieron
Los pueblos, cautivando á los cristianos:
Don Gomez y Don Ruí se apercibieron
A batir á los fieros mahometanos:
Y cada uno salió con sus mesnadas
Por vías diferentes, y apartadas.

Antes de divisar al enemigo,
Las huestes castellanas se encontraron;
Don Gomez de Gormaz y Don Rodrigo,
Con grave urbanidad se saludaron.
—«Don Gomez—dijo el héroe—aquí conmigo
Tenedes ca luchar; non olvidaron
Los mios la grandísima mancilla
Que echáistedes de un viejo en la mejilla.»

Acepta el de Gormaz el desafío,
Y al frente de las huestes señoriales
Se acometen los dos con tanto brío.....
Que parecen dos fúrias infernales:
—«Yo lidio por lavar el honor mio,»—
Decia Don Rodrigo, dando tales
Cintarazos, que chispas despedian,
Y uno y otro los golpes repetian.

Bravo Don Gomez es; mas Don Rodrigo
Acósale con golpes tan certeros.....
Que haciendo retirar á su enemigo,
Dejaron de chocarse los aceros.
Sin duda, el de Gormaz pensó consigo:
«¡He cedido y me miran mis guerreros!»
Que acomete con brio temerario,
E intenta derribar á su adversario.

La espada Don Rodrigo manejaba
Con gran serenidad y mucho acierto,
Y tajos y reveses evitaba
Que el otro le tiraba sin concierto.
—«Atacad Don Rodrigo—le gritaba
Don Gomez de Gormaz,—ó sodes muerto.»
Y Don Rodrigo le contesta al punto,
—«Vos, Don Gomez, serédes el difunto.»—

Y veloz como el rayo le arremete
Tirándole unos golpes tan seguidos.....
Que el yelmo le destroza y coselete,
Y en pedazos al suelo son caidos:
Don Rodrigo, por fin, la espada mete
En el pecho contrario, y los sentidos
Pierde Don Gomez, y por ancha herida
Se le escapa la sangre con la vida.

Cuando hubo el desafio terminado,
Reunidas las huestes castellanas
Marcharon á buscar, á Belorado,
A las fieras falanges musulmanas.
Estas, despues de haber acumulado
Cautivos y riquezas, muy ufanas
Dirigíanse impunes á su tierra,
Huyendo los rigores de la guerra.

Mas no consintió Dios que tal afrenta
Dejasen en el Reino de Castilla,
Que Don Rodrigo Diaz les pide cuenta,
Y allá en los montes de Oca les humilla.
La batalla travóse y fué cruenta,
Pues la lanza, la maza y la cuchilla
Tintas en sangre por doquier se vían,
Y el campo de cadáveres cubrían.

Cansados de matar, la lucha cesa,
Y rescatan cautivos y ganados:
Don Rodrigo á su vez les hizo presa
De riquezas, que otorga á sus soldados:
Coronada de gloria fué esta empresa,
Que fueron los tres reyes cautivados,
Y á Vivar dirigióse el gran caudillo
Cubierto el nombre de fulgente brillo.

Si el héroe no entró en Búrgos, victorioso
A rendir homenage á Don Fernando,
Fué porque se encontraba receloso
De su contrario y opulento bando
Que contra él declamaba muy furioso,
Y sabía que hallábase fraguando
Algo que le perdiese, por la suerte
Que tuvo al dar al de Gormaz la muerte.

Presenta los cautivos á su madre,
Que llena de alegría le esperaba,
(Habia muerto ya su anciano padre)
Y al momento á los reyes encerraba:
Mas como no hay belleza que más cuadre
Que la clemencia al bravo, atesoraba
Tambien esta virtud el gran Rodrigo,
Y trató con clemencia al enemigo.

El último momento de su vida
Estaban esperando los vencidos,
Cuando el noble Rodrigo les convida
Con bella libertad; y sorprendidos
Y absortos, y con lengua enmudecida,
No comprenden lo que oyen sus oidos:
Mas el héroe, guerrero entre guerreros,
Libertad concedió á los prisioneros.

Sin rescate ninguno libres fueron,
Mas tributarios del burgués quedaron,
Y el camino á sus tierras emprendieron,
Y las párias fielmente le pagaron:
Muchísimo cariño le tuvieron,
Que al noble vencedor nunca olvidaron,
Aumentándose así la fama y gloria
Del héroe invicto de feliz memoria.

Cuando ya reunidos se encontraban
Los Reinos de Leon y de Castilla,
Y en gloria y esplendor adelantaban
Con una rapidez que maravilla,
Ramiro de Aragon, al que llamaban
El Espúrio, pretende entrar la villa
De Calahorra; pero antes quiso humano
Con Fernando tratar cual buen hermano.

En efecto, los Reyes se juntaron,
Y alegando cada uno sus razones
Ninguno de los dos las aceptaron
Por ser de diferentes opiniones;
En vista de lo cual allí acordaron
Un duelo realizar las dos naciones,
Y cada una, nombrando un caballero,
Razonó con el filo del acero.

Nombra el aragonés, del triunfo ansioso,
A un Don Martin Gonzalez, muy valiente,
Mas el rey Don Fernando presuroso
Opone al de Aragon su contendiente,
Era este noble, bravo y generoso
Que el peligro miraba frente á frente:
Don Rodrigo el guerrero se llamaba,
Y al mundo con sus hechos asombraba.

Cuando este trato singular tenía,
De Leon se encontraba en los confines
El héroe invicto, y de esplendor cubría
A Castilla, venciendo á los muslines:
A llamar, al momento, se le envía,
Que esperan de su esfuerzo grandes fines:
Y marchando á Santiago de Galicia,
Recibió de Fernando la noticia.

—«A la cita»—contesta al mensajero—
«Decid que llegaré en hora oportuna,
Porque espero yo en Dios, que con mi acero
Para Castilla alcanzaré fortuna:
Decidle á mi Señor, que voy primero
Al Apóstol Santiago á complir una
Promesa que teníale ofrecida,
E luego tornaré que esté complida.»

El dia del combate habia llegado,
Y el Señor de Vivar no parecia;
Don Fernando se hallaba disgustado,
Y loco de contento Don García;
Rebosando la envidia habia acusado
Al gran batallador ¡de cobardía!
Y osaban sus parciales censurarle,
Ante el Rey intentando rebajarle.

Ya estaba el de Aragon en el terreno
Esperando orgulloso á D. Rodrigo,
Y el sitio de un gentío inmenso lleno,
De la lucha anhelando ser testigo:
Cansado de esperar salió sereno
Ansioso de vencer al enemigo,
Alvar Fañez pariente cariñoso
Del héroe de Castilla el más glorioso.

Iban á dar comienzo á la contienda
Al ver que D. Rodrigo no llegaba,
Cuando vieron correr á toda rienda
Un caballo, que rápido avanzaba.
Que la lucha, dijeron, se suspenda
Hasta ver el ginete que volaba,
Y al poco tiempo se acercó á Fernando
El mismo á quien estaban esperando.

Y porque no se retardase el duelo,
El caballo le pide á su pariente
Alvar Fañez, y echando pié este al suelo
Le presenta á su primo diligente:
Esto pudo acarrearle un desconsuelo,
Porque desconocía totalmente
El caballo de Fañez; mas estaba
Con limpieza que al suyo le faltaba.

—«Mucho vos pesa, D. Rodrigo, acaso,
El que hayades llegado tan á punto;
Vos habedes metido en un mal paso,
E tardarédes poco el ser difunto.»
—Esto Don Martin dijo—«Non del caso
—Rodrigo contestó:—nin del asunto
Es agora decir fanfarronadas;
Calle la lengua, y fablen las espadas.»

Y á una señal desnudan los aceros
Y se acometen como dos leones,
Y se dan uno á otro golpes fieros,
Y hasta vése el coraje en los bridones:
Bravos, muy bravos son los dos guerreros;
Suspenso está el gentío y las legiones
De Aragon y Castilla, que admiraban
Cual los dos adalides se acosaban.

El combate quedó paralizado,
Porque al dar una vuelta D. Rodrigo,
Creyóse que el caballo habia pasado
Del círculo la línea: su enemigo
Fanfarron por demás, le dijo:—«El hado
Agora vos persigue; et yo vos digo
Ca non vos casarédes con Jimena;
Que habedes de morir en esta arena.»

—«Don Martin,—Don Rodrigo le contesta—
«Sodes buen caballero, non lo dudo;
Mas fablar non debedes ansí en esta
Ocasion, como un home non sesudo.
Ansí ya non darévos más respuesta
Ca con la mia espada. Vuestro escúdo
Non vos ha de servir de grande cosa.»—
Y sin más razonar, bravo le acosa.

Y mil tajos, reveses y estocadas
Se tiran con fiereza y bizarría;
Como juncos manejan las espadas
Y repiten los golpes á porfía:
D. Rodrigo, por fin, dos cuchilladas
A D. Martin le dá con valentía,
Y este, arrojando con furor insano
El escudo, á Rodrigo hirió en la mano.

Descarga en el momento con fiereza
El Señor de Vivar, golpe tan fuerte.....
Que partiéndole el yelmo, en la cabeza
Al bravo aragonés hirió de muerte:
Del caballo cayóse, y con presteza
D. Rodrigo dejó aquel cuerpo inerte,
Y Fernando primero al héroe abraza,
De gozo henchido por salvar la plaza.

Con la Corte marchó de allí á Palencia,
Y á la bella Jimena hizo su esposa;
Las bodas honró el Rey con su presencia,
A despecho de ruin gente envidiosa
Que veia con ceño su influencia,
Y queria, con baba venenosa
Mancharle, mas en vano lo intentaba;
Su preclara hidalguía le escudaba.

La fama de nuestro héroe se estendía
Con la velocidad del pensamiento;
Ya en África y Europa se sabia
Su gran preponderancia y valimiento:
El ejército moro le temia:
El cariño del Rey iba en aumento:
En cambio á D. Garcia y á su bando,
La envidia les estaba devorando.

Y por eso conspiran fementidos,
Y escriben á los moros tributarios
De Rodrigo, que vengan decididos
Contra el Reino, y serán sus partidarios.
El furor les perturba los sentidos;
¡Conspiran con el Rey, los temerarios!
Mas los moros, que siempre á Ruí quisieron,
De tal infamia sabedor le hicieron.

Los moros á Rodrigo le entregaron
Las cartas de su tio D. Garcia;
Y porque viese el Rey lo que fraguaron
Contra el Reino, á Fernando las envia:
En vista de estas cartas acordaron
Castigar tan atroz alevosía
Desterrando al culpable, y que Rodrigo
Hiciese ejecutar este castigo.

Al noble, al bravo, al sin igual guerrero,
Tal medida llevar á cabo ordena:
Obedece á su Rey, cual caballero,
El fallo ejecutando, no sin pena:
Por ruegos de su tia, al agareno
Rey de Córdoba, Ruí como alma buena
Recomienda al D. Gomez temerario,
Vengándose así Ruí de su contrario.

Invade el sarraceno á Extremadura,
Y junta D. Rodrigo á sus parientes;
Allá va la legion con gran bravura,
Compuesta de héroes á cual más valientes:
Al moro alcanza y bate en la llanura,
Y en los montes, y en riscos, y en vertientes,
Sembrando por doquier terrible espanto,
Y causando á los moros gran quebranto.

Quedan al fin vencidos y domados,
Y vuelve D. Rodrigo victorioso,
Y llenos de riquezas los soldados,
Que el botin que cogieron fué cuantioso.
A la Castílla no eran áun llegados,
Cuando el rey D. Fernando, deseoso
De estender sus conquistas á otras partes,
Solicita el concurso de estos Martes.

Y vuelan estos bravos campeones
A conquistar tambien la Lusitania,
Y huyen de espanto en todas direcciones
Los hijos de la antigua Mauritania.
Cea, Viseo y otras poblaciones
Hacen suyas los bravos de la Hispania,
Y en mil plazas del moro vénse ondeando
Los ínclitos pendones de Fernando.

Por eso el Soberano á Ruí queria
Y casi siempre de él se aconsejaba;
Y premiando al que bien se distinguia,
Castigaba al que mal se comportaba;
Por esto su reinado florecia,
Y por ello su pueblo le adoraba,
Y á Castilla temíanla los moros,
Y aumentaban con párias sus tesoros.

Por el rey de Castilla Don Fernando,
Fué armado Don Rodrigo caballero,
Al héroe tan famoso así premiando
Las glorias alcanzadas con su acero;
Rodrigo agradecido, con su bando
Ansioso sale de ganar entero
El suelo que ocupaba el mahometano,
Para dárselo luégo al Soberano.

Cuando premian los reyes, como deben,
De los hombres los hechos distinguidos,
Los Estados es fácil que se eleven,
Y sean los monarcas bien queridos:
Si á los patriotas á faltar se atreven,
No serán en la Historia enaltecidos;
Que es muy triste mirar al nepotismo
Imperando con mengua del civismo.

Con el Rey, Don Rodrigo se encontraba
Cierto dia en palacio conversando,
Cuando una embajada árabe llegaba
Por Don Rodrigo Diaz, preguntando:
Con la vénia del Rey, grave avanzaba,
Y las rodillas en el suelo hincando:
—«*¡Oh, mio Cid!*»—le dice,—la tu mano
Me ha mandado á besar mi Soberano.»—

«—Non—dice Don Rodrigo,—al Rey primero
Debedes de besarle la su mano;
Yo soy suyo vasallo é caballero,
Y él es mio Señor é Soberano.»—
La embajada así lo hizo, y placentero
Don Fernando le dijo al mahometano:
—«Ruí Diaz, *mio Cid*, en adelante
Llamarédes al héroe más brillante.»—

Despues á Don Rodrigo le entregaron
El presente abundoso que traían,
Menos el quinto de él, que reservaron,
Y al Rey, de órden de Ruí, se le ofrecían.
Los moros á Fernando le rogaron
Le aceptase, que al Cid obedecían:
Mas el Rey, rehusando cortésmente,
Les dijo:—«Non; del Cid es solamente.»—

Próximo ya á morir el rey Fernando
Llama á sus hijos y al leal Rodrigo,
Y les dice:—«Hijos mios, yo vos mando
Ca vos aconsejédes de este amigo:
E tú buen mio Cid, sigue mirando
Por todos ellos. A vosotros digo,
García, Alfonso, Sancho, Urraca, é Elvira,
Que amédes al mio Cid,»—Y al punto espira.

En testamento que otorgó Fernando,
El Reino dividido fué en mal hora;
En Castilla quedó Sancho reinando,
La infanta Doña Urraca allá en Zamora;
Don Alfonso en Leon, y gobernando
En la ciudad de Toro la señora
Infanta Doña Elvira, y Don García
Fué rey de la gallega Monarquía.

III.

Don Sancho de Castilla miró con sobrecejo
El Reino dividido; por eso llamó al Cid,
Y díjole;—«Cid mio: demándovos consejo,
Ya que home sabio sodes, y en todo muy feliz.»

«Sabedes que á mí solo el Regno pertenesce,
Ca soy el primogénito, é dárseme debió:
Por ende vos pregunto lo que esto vos paresce,»
Y Don Rodrigo Diaz á Sancho contestó:

«Señor: Vos bien sabedes, ca dije á vuestro padre
Ca siempre mi consejo sería muy leal;
Por ende agora digo, magüer á Vos non cuadre,
Ca el fallo obedezcades: si non, obrades mal.»

Don Sancho disgustado con tan leal respuesta,
Retírase con ánimo de solo él guerrear;
Y al punto sus legiones contra Leon apresta,
E intenta su conquista muy pronto realizar.

Rodrigo nada dice; pero en el alma siente
Dejarle sin su ayuda; mas siendo el de Leon
Hermano de Don Sancho, su pecho no consiente
Formar entónces parte de tal expedicion.

Allá va el ambicioso Don Sancho de Castilla
A despojar á Alfonso de la corona real;
Contra su mismo hermano prepara la cuchilla,
Desatendiendo, ingrato, la órden paternal.

Mas Dios, que es justiciero, enviará el castigo
Al hombre que no cumple con su filial deber:
El universo todo será, Sancho, testigo,
De que á traicion aleve tendrás que perecer.

Tambien el rey Alfonso se hallaba preparado,
Por los rumores bélicos llegados hasta él:
Leon se puso en armas siguiendo entusiasmado
A su caudillo noble, cual pueblo bravo y fiel.

Encuéntrase en Llantada D. Sancho con su hermano;
Las ordenadas huestes se embisten con valor;
Se acosan y se matan con un furor insano,
Y se oyen del herido los ayes del dolor.

Despues de sangre, muerte, desolacion y ruina
La enseña de Don Sancho, consigue allí triunfar:
De Leon el Soberano velozmente camina
En su corcel, transido, socorro á demandar.

Preséntase García diciendo:—«Agora mismo
A Sancho el ambicioso tenemos que vencer;
Las huestes ordenémos, que al fin el egoismo
Irremisiblemente le tiene que perder.»

Se juntan las mesnadas de Leon y de Galicia,
Y en busca de Don Sancho principian á marchar;
En Golpejar se encuentran, y Alfonso diz:—«Justicia,
Soldados valerosos, tenemos que alcanzar.»

«Ansí vos recomiendo la union en el combate;
Venzamos al tirano, que es fácil conseguir:
Leoneses y gallegos: que arrolle vuestro embate
Su desmedido orgullo: ¡vencer ó sucumbir!»

Principia la batalla con sin igual braveza;
Escudos en pedazos se ven saltar doquier:
Ni el acerado yelmo resguarda la cabeza,
Ni el coselete impide de sangre rios ver.

Por fin los de Castilla retíranse diezmados;
El triunfo han conseguido los hijos de Leon;
Mas ¡ay! que tambien quedan sus haces desmembrados,
¡Y en tanto en nuestra Iberia hay moros! ¡Qué baldon!

Aun no tenia Sancho sus huestes ordenadas,
Cuando bandera verde miraron ondear;
Dirige todo el mundo gozoso sus miradas,
Y ven venir la gente del héroe de Vivar.

Entónces al rey Sancho le embriaga la alegria,
Y dice á sus guerreros:—«Agora viene el Cid
El de la buena estrella, que al triunfo siempre guia:
Con él á Leon irémos tras de sangrienta lid.

Ya llega y al Rey dice: «Señor, á vuestra órden.»
—«Seades bien venido»—D. Sancho contestó.—
¡Oh mio Cid! bien vedes que grande es el desórden
Ca regna en mis soldados. Mi hermano me venció.»

«Paciencia, diz Ruí Diaz, é non vos aflijades:
Tengamos confianza en Dios, y á organizar
Las derrotadas huestes, y entónces atacades,
Veredes con victoria la lucha coronar.

«Los homes de Galicia é Leon son chufadores
E dicen más que deben, é agora ansí farán;
Celebrarán el triunfo, ca son escarnidores,
Y en su campo seguros de Vos, se creerán.»

«Fablad á los guerreros é dadles esperanza,
E mucho cohortándoles facedles entrever
Victoria conseguida si atacan con pujanza
Las huestes enemigas mañana al manescer.»

«Que agora vos prometo marchar á vuestro lado,
E venceré en la lucha ó muerte tomaré;
Conque ánimo, D. Sancho, tenedlo preparado,
Que ántes de la aurora dispuesto yo estaré.»

Del Cid sigue el consejo, y arenga á sus soldados,
Y todos le contestan que ir quieren á Leon:
Envueltos en las sombras caminan ordenados,
Y los triunfantes reyes vencidos pronto son.

Del nuevo dia estaba la aurora despuntando,
Cuando á los leoneses embisten sin piedad;
Y como sin recelo se hallaban descansando,
Causóles la sorpresa terrible mortandad.

Sobrecogidos huyen por todas direcciones:
El grueso del ejército dirígese á Carrion
E intenta defenderse, mas ¡vanas ilusiones!
Que allí le derrotaron prendiendo al Rey de Leon.

Ordena el rey Don Sancho buscar á Don García,
Y al punto mil ginetes á perseguirle van:
Mas ya este con sus tropas de vista se perdia;
Huian en sus potros con indecible afan.

A Búrgos conducido va el Rey infortunado:
El Cid y Doña Urraca piden su libertad;
Don Sancho la concede despues de haber logrado
Renuncie Don Alfonso de Rey la dignidad.

Por breve tiempo cambia su cetro y su corona
Por la cogulla humilde, Alfonso de Leon,
Mas luégo se arrepiente y el hábito abandona,
Y márchase á Toledo la Corte de Almenon.

Su hermano el rey García refúgiase en Galicia,
Y algunos leoneses le fueron á buscar;
Probar fortuna intenta, mas poca es su pericia,
Y en manos de Don Sancho al fin vino á quedar.

IV.

La ambicion desmedida de Don Sancho
No queda satisfecha todavía
Poseyendo los reinos poderosos
De Leon, de Castilla y de Galicia;
Y atropellando vínculos sagrados,
A sus mismas hermanas determina
Despojarlas de aquellos Señoríos
Que su padre las dió. El Rey de Castilla
Nada respeta; su ambicion primero
Ha de saciar; la quiere ver cumplida:
Mas al fin le remuerde la conciencia
Y le dice: Detente: Y él vacila.

Recuerda que Zamora es ciudad fuerte
De muros rodeada, y defendida
Por bravos y aguerridos campeones,
Y que ha de correr sangre de Castilla
Si la quiere tomar por fuerza de armas,
Y al Cid entónces á llamar envia.
Preséntase la flor de los guerreros,
Y Don Sancho le dice de esta guisa:
«Ya sabes, mio Cid, el grand cariño
Ca siempre te he tenido, é la grandísima
Confianza ca en tí he depositado
En todos los asuntos de valía;
E por ende yo agora te he llamado
Para decirte que es voluntad mia
Agregar al gran Regno castellano
La ciudad de Zamora, plaza digna
De un Regno poderoso como el mio,
E á Doña Urraca la daré á Medina
De Ruiseco, é algunos otros pueblos
Que próximos estén á esta gran villa.
Mas como yo non quiero tener lucha,
A Doña Urraca espero que la digas
El deseo ca tengo, é de esta suerte,

Como fué de ti siempre buena amiga,
Complidos yo veré los mis deseos
Porque ella aceptará la nueva villa,
Ca non ha de dudar que con las armas
Facer me será fácil su conquista.
Ansí yo quiero, mio Cid, que marches
A dar á este negocio feliz cima.»

«Yo, Señor,—Don Rodrigo le contesta,—
A la muerte por Vos gustoso iria;
Pero non me mandedes que á Zamora
Lleve yo agora tan fatal noticia
Para vuestra fermana Doña Urraca,
Que Fernando primero de Castilla,
Al tiempo de morir, recomendóla
A mí, Don Sancho, y creo cosa indigna
El ir agora con tan fatal nueva;
Encárguese otro de la tal misiva.»

Con tal contestacion, el rey Don Sancho
Al punto despechado se retira,
Pero el proyecto de tomar Zamora
Cada vez con más fuerza le acaricia,

E intenta realizarle con urgencia.
Por eso Don Rodrigo no vacila
En tomar á su cargo la embajada
Con el fin de evitar grandes desdichas,
Porque Don Sancho decidido estaba
A cercar á Zamora hasta rendirla.

Preséntase el buen Cid á Doña Urraca,
La cual le recibió con alegría,
(Porque la Infanta le queria mucho)
Y al punto la enteró de la misiva
Comunicada por el rey Don Sancho.
Ella el Consejo reunió en seguida
Y dióle cuenta de lo que su hermano
Don Sancho de Castilla, pretendía.
Unos opinan que ceder la plaza:
Otros dicen que no: que moririan
Defendiendo el pendon de Doña Urraca;
Hay opiniones muchas y distintas;
Mas Don Arias Gonzalo al fin consigue
Hacer que al rey Don Sancho se le diga
Que Zamora será fiel á la Infanta,

Y que sus defensores preferian,
Antes que su ciudad ceder á nadie,
Morir envueltos todos en sus ruinas.

El acuerdo, la Infanta Doña Urraca
A Don Rodrigo Diaz comunica:
Este sin detenerse ni un instante
A Búrgos dió la vuelta, y la noticia
Puso en conocimiento de Don Sancho,
El cual de Don Rodrigo desconfia
Por creer que el acuerdo de Zamora
Fué inspirado por él: cree que conspira:
Y por eso sin darse á más razones,
Al bravo y noble Cid le notifica
El acuerdo dictado en su despecho,
Desterrándole ¡oh mengua! de Castilla;
Y para que lo hiciese prontamente
El término le dió de nueve dias.

A sus parientes Don Rodrigo llama,
Y la órden del Rey les comunica.

Los parientes y amigos se reunen,
Y Don Rodrigo vé á los pocos dias,
Mil doscientos guerreros de á caballo
Y mil quinientos más de infantería.
Con esta gente Don Rodrigo acuerda
Izar de rebelion la verde insignia,
Y á la ciudad de Toro se dirige,
De la cual Señora es la infanta Elvira,
Con intencion de reponer á Alfonso
En el trono de Leon y de Galicia.

Al saber el intento de Rodrigo,
Se alarmaron los grandes de Castilla,
Y á palacio acudieron presurosos
Haciendo ver al Rey que convenia
Que no saliera el Cid de sus Estados,
Porque entónces el Reino de Castilla
Sufriria reveses y amarguras
Si el Cid se declaraba en rebeldia.
Que era esta la intencion que le guiaba,
Segun varias noticias fidedignas,
Y proponen al Rey que sin demora

Mande llamar á Don Rodrigo Diaz,
Alzándole el destierro, y de esta suerte
Se evitarán al Reino mil desdichas,
Porque el Cid es guerrero de fortuna,
Saliendo vencedor siempre que lidia
Con moros ó cristianos, pues sus huestes
Siempre el triunfo se vió que conseguian.

El Rey no desatiende las razones,
Y en vista de ser graves determina
Volver á su amistad á Don Rodrigo,
Dando á Don Diego Ordoñez la misiva
De que salga á alcanzarle con urgencia,
Y allí donde le vea que le diga
Que la órden de destierro es revocada,
Y que el Rey le concede cuanto pida.

En pos del Cid, Don Diego Ordoñez sale,
Y alcanzándole cerca de Medina,
El noble mensajero la embajada
Le hizo saber de Sancho de Castilla.

Oida por el Cid, dijo á Don Diego:
«Agora yo non sé lo que vos diga
Ca tengo la costumbre en tales casos
De oir á mis amigos. En seguida

Los voy á convocar, y en breve tiempo
El acuerdo pondré en vuestra noticia.»
A los jefes reune Don Rodrigo,
Y conformes con él, todos opinan
Volver á la obediencia de Don Sancho,
Y á Don Diego le dan estas albricias.
A Búrgos la lucida hueste torna
Y sale el rey Don Sancho á recibirla
Con quinientos caballos, y al grande héroe
Recibióle con muestras de alegría.

Sentimiento causó á los zamoranos
La union del Rey y de Rodrigo Diaz,
Pues sin este esperaban que Zamora,
(Cercada ya por tropas de Castilla,)
Haría levantar muy pronto el cerco,
Mas no tan fácilmente si acudía
Con sus tropas el héroe castellano,
Que si ellas y él llegaban vencerían.
Preséntanse en efecto ante la plaza
Sus huestes, de Don Sancho en compañía,
Y en tan crítico trance los sitiados

Acuerdan al momento una salida,
Con el fin de probar si de este modo
Alzar hacen el cerco al de Castilla.
Salieron los sitiados, mas en vano,
Porque fué su ilusion desvanecida,
Que en tropel y en estremo destrozados
Volvieron á internarse á toda prisa,
Cubriendo de cadáveres el campo,
Y causándo tambien bastantes víctimas
Al sitiador ejército, que acuerda
Acosar á Zamora hasta rendirla.

Apurados se hallaban en la plaza
Al ver ante sus muros que seguia
Don Sancho de Castilla con sus tropas
Esperando que el hambre, al fin, les rinda.
Reinaba en la ciudad el desaliento;
Los jefes ni áun siquiera se entendian:
La Infanta sin saber á qué atenerse
No sabia qué hacer: se confundia.
Quiere oir nuevamente á su Consejo
Y al punto le convoca decidida

A hacer ejecutar lo que se acuerde,
Porque el hambre del pueblo la afligia.
Reúnese el Consejo y delibera,
Y á rendirse los ánimos se inclinan.
Al observarlo así Bellido Delfos
Su mente un plan diabólico acaricia,
Y sale de la plaza con intento
De asesinar á Sancho de Castilla.
Preséntase en el campo castellano
Y al rey Don Sancho confianza inspira,
Diciéndole que huye de la plaza
Porque no quiere hacer con ella liga:
Que quiere hacerle dueño de Zamora
Por un postigo, que enseñarle indica,
Pero que esto ha de ser al Rey tan solo,
Y Sancho acepta y del traidor se fia,
Desoyendo consejos razonados
De los grandes y el Cid, que no veian
Al mísero traidor con buenos ojos,
Mas el Rey se obcecó por su desdicha.
Un dia en que el traidor creyó oportuno
El crimen realizar, al Rey invita
Ir á ver el postigo deseado,

Y el Rey sin vacilar, con alegría
Le dice á Delfos que al momento guie,
Y á la puerta secreta se encaminan
Solamente los dos, con precauciones
Evitando que nadie se aperciba.

El traidor miserable, cuando estuvo
Seguro de que no le distinguian
Desde el campo en que estaban los soldados
Castellanos, con fiera alevosía
Con el mismo venablo del Monarca,
Le hirió de muerte, y emprendió la huida
Como el rayo veloz, hácia Zamora
Por la puerta más cerca que tenía.

Encuentra en el camino á Don Rodrigo
Que al verle así correr monta de prisa
En un caballo que tenia al lado,
Y á escape tras de Delfos se encamina;
Que aunque el hecho nefando era ignorado,
Del traidor sospechó alguna perfidia,
Y por eso queria darle alcance,
Y si no lo logró fué porque habia
Olvidado ponerse las espuelas,
Por lo cual el buen Cid furioso grita:

«Maldito el caballero que non haya
Espuelas» y volvió al campo en seguida.
Pregunta por el Rey, y nadie sabe:
Todo el mundo sospecha una desdicha,
Y en busca del Monarca salen todos,
Encontrándole, al fin, casi sin vida.
Moribundo condúcenle á su tienda,
Y á los grandes del Reino les suplica
Recomienden al Cid á Don Alfonso;
Y en brazos de nuestro héroe, Sancho espira
Dejando á todos con dolor y llanto,
Que su muerte en extremo fué sentida
De todos los guerreros castellanos,
A quienes la traicion llenó de ira.

Mal la historia ha juzgado al rey Don Sancho;
Mariana diz que fué fiera dañina:
No tanto creo yo, mas sin embargo,
Su ambicion en extremo desmedida
Le hizo olvidar el fallo de su padre,
Cometiendo muy graves injusticias.

V.

El Cíd y los soldados del campo de Castilla,
Sus pechos rebosando de noble indignacion,
Dirígense á Zamora, y á grandes gritos piden
Que sea castigado el mísero traidor.

En vano se molestan; Bellido no parece;
Entónces los de Búrgos cansados de esperar,
Les dicen:—«Miserables sodes los de Zamora,
E ca verdad decimos, Castilla probará.»

Don Diego Ordoñez grita:—«Yo agora lo sostengo:
Salid, salid traidores, é aquí vos probaré
Que habedes consentido la muy nefanda muerte
Que ha dado un grand villano á nuestro bravo Rey.

«Yo solo vos espero á todos, uno á uno,
Ca justa es la mi causa, y ansí vos faré ver
Ca sodes asesinos como Bellido Delfos,
E viles é traidores, é homes en sin fé.

Se indignan en Zamora oyendo insultos tales:
Aceptan aquel reto, y salen á la lid
Tres hijos de Don Arias Gonzalo, decididos,
Y á todos el Don Diego les hace sucumbir.

Al ver por las resultas del fiero desafio (4)
Que son los de Zamora cómplices del traidor,
Acuerdan los de Búrgos no levantar el sitio
Hasta tomar la plaza manchada de baldon.

En tanto se reunen los próceres del Reino,
Incluso los prelados, y eligen nuevo Rey;
Allí sin discusiones Alfonso es aclamado,
Y embajadores salen á hacérselo saber.

Tambien los de Zamora reúnense en Consejo
Al ver que á los de Búrgos no pueden resistir,
Y nombran embajada que vaya á Don Alfonso
Para que pronto llegue, y al trance ponga fin.

Cuando los castellanos supieron este acuerdo,
Al mismo Don Alfonso le juzgan desleal;
El descontento cunde; los jefes y soldados
Del Rey que han elegido, murmuran sin cesar.

Y la sospecha crece, y creen cosa cierta
Que Alfonso aconsejado habia la traicion,
Cuando llegar le vieron del moro acompañado
Pasar el campamento y que en Zamora entró.

Dirige el rey Alfonso desde Zamora cartas
A todos los magnates del Reino leonés;
Tambien á los prelados y grandes de Castilla,
Y allí en el campamento recíbenle por Rey.

Despues de terminada la régia ceremonia,
La mano le besaron los grandes, mas no el Cid:
Alfonso lo ha observado, y á todos se dirige
Diciendo:—«¿Por qué causa non me ha besado Ruí?

Ca yo le faré algo porque recomendóle
A mí y á mis hermanos, mi padre al fenescer.»
Y viendo Don Rodrigo callados á los grandes,
Contesta á Don Alfonso:—«Agora lo diré:»

«Señor: Cuantos estamos aquí en vuestra presencia
Habemos sospechado ca nuestro Rey morió
Porque lo aconsejástedes; por eso non vos beso,
Et menos vos rescibo por Rey nin por Señor.»

«Para que yo lo faga, tenedes que salvaros
De tan atroz calumnia, que ansí debe de ser;
Por ende ca juredes non ser causante de ello,
En Búrgos, deseamos, é vos acataré.»

Comprende Don Alfonso la situacion gravísima
En que se encuentra, y dice:—«A Búrgos á jurar.»
Y todos con los moros que á Alfonso acompañaban,
Dirígense á la noble y muy leal Ciudad.

¡Qué hueste tan lucida llevaba el rey Alfonso,
Compuesta de gallegos y de hijos de Leon;
De bravos castellanos y un escuadron de moros,
Y nobles de Navarra que van tambien en pos!

Por cuantos pueblos pasan el Rey es aclamado,
Y de otros, comisiones le ofrecen su adhesion:
El Cid y la nobleza del pueblo de Castilla
Lo observan en silencio, que el Rey aun no juró.

Por fin á Búrgos llegan, é inmensa muchedumbre
A recibirles sale, mas ¡qué en silencio está!
Avanzan los maceros, alcaldes regidores
Y monjes y mitrados, y á encuentro del Rey van.

Recíbenle corteses, y todos por la puerta
De San Martin entraron, y al Rey se le alojó
En un palacio régio llamado de los picos,
Y moros, pueblo y tropas, hicieron dispersion.

VI.

En las casas de Búrgos no cabian
Las gentes que esperaban ver la Jura;
Pueblos enteros en tropel venian
Oriundos de la sierra y la llanura:
Mas el Rey no juraba, y no sabian
La causa de ello, por lo cual murmura
Todo el pueblo mostrando descontento,
Y diz que no hay quien tome el juramento.

Que á la Jura se presta el Soberano,
Pero que no hay en Búrgos quien la intente,
Ni existe en el gran Reino castellano
Quien del Rey se coloque frente á frente;
Que el hablar del asunto es caso vano;
Que el que más y el que ménos ve prudente
Dar al olvido la arriesgada empresa;
Y que haberla ideado á todos pesa.

Llega á oidos del Cid y dice:—«Agora
Al Rey diréle ca señale dia,
Ca tiene ca jurar sin más demora
Si quiere merescer la Monarquía:
Del crímen cometido allá en Zamora
Se tiene que salvar; si non sería
Vergonzoso ca el pueblo castellano
Consintiese regnar tal Soberano.»

Y resuelto á palacio se encamina
Y dice al rey Alfonso con franqueza:
—«Señor: Castilla toda cual yo opina,
Y es ca jure cuanto antes Vuestra Alteza.
Al pueblo la impaciencia le domina,
Y lo propio suscede á la nobleza:
Ansí vos digo ca juredes luégo,
Ca por Vos et Castilla, vos lo ruego.

Despechado el Monarca diz:—«Mañana
Será la Jura, disponedlo agora,
Ca el pueblo y la nobleza castellana
Vean que Alfonso la traicion deplora:
Y que asista la gente musulmana
Deseo, Cid: Tambien la gente mora
Presencie, sí, de Alfonso el juramento,
Con eso quedaredes más contento.»

Sin perder D. Rodrigo ni un momento
Convoca á los magnates y prelados,
Y les dice, que el Rey el juramento
Va á prestar ante todos los Estados:
La noticia ligera como el viento
Recorre la ciudad, y ya enterados
En grupos los burgueses discurrian,
Y á su Rey inocente le creian.

«Es el Cid, es el Cid el que se atreve
A exigir que la Jura se realice
—Decia un mercader—¡Oh! el pueblo debe
Favores mil á ese héroe tan felice.
Gloria al que non consiente que un aleve
En Castilla la invicta se entronice,
Ca el Rey si ha de regnar debe primero
Probar que no es traidor, que es caballero.»

«Pero dicen que el Rey á mal lo lleva,
Y que el Cid pagará tal demasía»
—Un hidalgo replica—«Y que tal prueba
Es un acto de grand descortesía.
—Y un menestral arguye—«El pueblo aprueba
Como noble y leal, con ufanía,
El paso ca el grand Cid ha dado agora:
Sálvese el Rey del crímen de Zamora.»

De este tema, no más, conversaciones
En las casas y calles se entablaban,
Y estaban por el Cid las opiniones
Aunque el pago del héroe sospechaban.
Veian poderosas las razones
Que en favor de Ruí Diaz abundaban,
Y por esto cubierto está de gloria,
Y áun vive eternizada su memoria.

Llegan por fin las horas deseadas,
Y casas, calles, plazas y avenidas,
Por pueblo numeroso están tomadas;
Las clases todas se hallan confundidas:
Hasta allá en los tejados colocadas
Millares de personas atrevidas
Se encuentran para ver pasar la Corte,
Y de Alonso admirar el régio porte.

La marcha van rompiendo los pecheros
Siguiéndoles despues los ricos-hombres,
Y de estos van en pos varios cruceros,
Y mitrados de muy ilustres nombres:
Concejales se ven con los maceros,
Y próceres del Reino; y los prohombres
Del reino de Toledo que llegaron
Con el rey D. Alfonso, allí se hallaron.

Al frente marcha el Cid de hueste brava
Que el mirarla, tan solo, da alegria:
Don Diego Ordoñez, su pendon llevaba
De color verde en el que se veia
En letras de oro el nombre que adorabá
De la bella Jimena: Le seguia
Otra hueste de nobles caballeros,
Y el Rey é infinidad de ballesteros.

Las hermanas de Alfonso cabalgaban
En bellos y magníficos bridones,
Y pajes y escuderos avanzaban,
Y nobles con riquísimos pendones:
Los clarines y cajas resonaban,
Y campanas volteaban y esquilones:
Las gentes «Viva el Rey, viva» decian,
Y millares de gritos respondian.

Llegan por fin al templo, y los prelados
Con el Rey penetraron los primeros;
A estos el Cid siguió y los potentados
De Leon y Galicia, y los guerreros
De más bizarra fama colocados
En la iglesia quedaron: los maceros
Y clarines de Búrgos y timbales
Penetraron tambien, y concejales.

Las tropas en la calle se quedaron
Confundidas con miles de curiosos
Que al Rey desde palacio acompañaron,
De presenciar la Jura deseosos:
La iglesia hasta la puerta contemplaron
Que estaba rebosando de ostentosos
Magnates, con riquísimos ropajes
De brocado, y magníficos encajes.

En guerreros de fama y gallardía
Coseletes veíanse brillantes
Con adornos preciosos de valía,
Y yelmos, y plumajes ondulantes.
Aquello una ascua de oro parecía
Que atónitos dejó á los circunstantes
De todos los confines de Castilla,
Que llegaron á ver tal maravilla.

En medio de la iglesia (5) colocado
Encontrábase el rey Alfonso el sexto,
De ojos negros, moreno y agraciado,
Estatura mediana, bien apuesto,
Barba negra, cabello recortado,
De arrogante ademan, aunque modesto.
Un manto de escarlata le cubría
Con borlas de oro fino, y pedrería.

Salieron al altar los religiosos
Y los grandes en tierra se postraron;
Oyéronse los cantos misteriosos,
Y salmos que los monjes entonaron:
Se observaron semblantes angustiosos
Cuando al bravo Ruí Diaz contemplaron
Ir al Rey y rendirle acatamiento,
Y al altar dirigirse á paso lento.

El preclaro Rodrigo al Rey seguía
Luciendo un camisote muy brillante,
La manga hasta la mano le cubria;
Todo en él parecia de diamante:
Alfonso ante el altar se detenia;
El insigne varon pasó adelante,
Y en medio de un silencio misterioso,
Así le dijo al Rey aquel coloso:

—«¿Jurades, Don Alfonso, estar exento
Del crímen execrable de Zamora?»
—«Sí juro»—dijo el Rey—«Si el juramento
Es verdad»—dijo el Cid—«que desde agora
Vivades luengos años, é contento,
E si non ca vos den muerte traidora:
Fidalgo non vos mate, sí villano,
Y ca non sea éste castellano.»

—«Amen»—el Rey Alfonso con voz clara,
Lleno de majestad ha respondido;
Pero el héroe Ruí Diaz no se para,
Y la misma pregunta ha repetido:
—«Sí juro»—dijo Alfonso que repara
Despues del anatema concluido,
Que Rodrigo á jurar por vez tercera
Queríale obligar, lo cual le altera,

Y le dice:—«Rodrigo: hoy me afincades,
E despues besaredes la mi mano.»
—«Como entuerto, Señor, á mí me hagades,
Ireme de este Regno castellano,
—El Cid al Rey contesta:—«Et si pensades
El non ser para mí buen soberano,
En otras tierras dan á Fijos-dalgo
Soldada, é yo como otros tanto valgo.»

Don Alfonso en extremo disgustado
Lo sufre, y aun se muestra complaciente,
Y al Cid á cobrar párias ha enviado,
Las cobra y vuelve á Búrgos felizmente:
No hay moro que al guerrero afortunado
No tiemble si le mira frente á frente:
Sin embargo, aunque el Cid al Rey amaba,
Don Alfonso la Jura no olvidaba.

VII.

En su palacio de Vivar se hallaba
Enfermo Don Rodrigo,
Y Alfonso se encontraba
Batiendo á los muslines,
De Castilla en los últimos confines.
Los moros de Sevilla
Y Córdoba, se habian sublevado,
Y habíanse negado
Las párias á pagar al rey Alfonso:
El Monarca irritado
Deseando castigar tal rebeldía,
Con ellos se batia

En uno y otro encuentro:
Y entre tanto otros moros,
De Castilla llegaron hasta el centro.
El noble y bravo Cid, convaleciente
Reune sus mesnadas,
Y va á grandes jornadas
Al encuentro de aquella gente fiera,
Que al verle frente á frente
Se amedrenta y dispersa velozmente,
Conocido que fué por su bandera.
Rodrigo les persigue,
Y al fin son alcanzados:
Las espadas brillando cual centellas
De sangre dejan huellas,
Pues son terriblemente acuchillados.
Interin Don Rodrigo se batía,
El Conde y sus secuaces
Contra el Cid conspiraban noche y día.
El héroe que lo sabe
Un mensajero envía
A su grande enemigo Don García,
Y le dice: Que en Haro le esperaba
A él y á sus amigos;

Que aunque llegaran todos no importaba;
Que aguarda siete dias
Por ver si era aceptado el desafio,
Que lo demás propio era de villanos,
Sin fé en sus causas, ni en sus pechos brío.
En Haro doce dias
Estuvo por si alguno
El guante recogía,
Pero no tuvo á bien el ir ninguno.

En esto le notician
Que su rey Don Alfonso está apurado,
Y al momento sus gentes
En tierra de Toledo se han entrado.

Toma á Cigüenza y Fita,
Y queda en su poder Guadalajara,
Y el moro amedrentado
En espantosa fuga se declara.

A la misma Toledo se aproxima,
Llenando de terror á los infieles
Que, desde sus murallas,
Le contemplan cargado de laureles.

A Castilla se vuelve victorioso
Con siete mil cautivos y ganados;

Llega á Búrgos, y al conde Don García
Y á los suyos encuentra exasperados,
E instados por la envidia venenosa
Al ver cubierto al Cid de gloria tanta,
A Alfonso le hacen ver que es deshonrosa
La accion que el pacto de Almenon quebranta.
Que al Cid se le castigue
Piden llenos de saña,
Bramando de coraje,
Por su conducta estraña,
Al inferir á un rey amigo ultraje.
De loco le montejan,
De vano y temerario,
Y al Rey en paz no dejan
Tratando de perder á su contrario.
El Rey, que no olvidaba
El acto de la jura,
Darles gusto procura;
Y dice que juzgado
Sea por la nobleza y sentenciado.

En su palacio de Vivar enfermo
El héroe se encontraba,

Cuando recibe órden
Que á Búrgos con urgencia le llamaba.
No pudiendo asistir, sin su presencia
La Junta de los nobles
A que salga del Reino le sentencia;
Y que al Rey de Toledo indemnizara
Los daños que este habia reclamado,
Que seria deshonra se dejara
Que Rodrigo sus gustos realizara
Sin ser ejemplarmente castigado.
Al ver los de la Junta
La tardanza del héroe castellano,
Al rey Alfonso dicen
Que el Cid se tiene en más que el Soberano.
Que salirse queria con su intento
Siempre, sin respetar derecho alguno.
Que desprecia á la Junta y su sentencia:
Que el acuerdo del Rey creé importuno
Y no le cumplirá por consecuencia.
La paciencia, por fin, al Rey acaban
A fuerza de mil pérfidas razones,
Y el Monarca en persona á Vivar marcha
Mandando dos lucidos escuadrones.

Encuentra en el camino
Al Señor de Vivar, que á Búrgos iba,
Aun no del todo bueno,
Solo á dar cumplimiento á la misiva
Del Rey, á quien amaba,
Y más que ningun otro respetaba.
Rodrigo le saluda,
Y se acerca á rendirle acatamiento:
Besar su mano intenta,
Y Alfonso la retira en el momento
Diciéndole:—«Rodrigo:
Me habedes deshonrado en estos dias
Con vuestras algaradas;
Por ende agora digo
Salgádes de las tierras que son mías.»
Con tal recibimiento
Rodrigo sorprendido,
Su caballo Babieca guía al punto,
Y en tierras que son suyas le ha metido.
«Señor —Ruí Diaz dice—
Non me hallo en vuestras tierras, sí en las mias.»
«Pues, entónces,—Alfonso le contesta,—
Salid de los mis Regnos,

E para ello vos dejo nueve dias.
«—Soy fidalgo,—replica el desterrado,—
«E por ende debedes darme trenta,
Que es término legal ca siempre han dado
Los reyes á personas de mi cuenta.»
—«Non más vos doy, Rodrigo,—Alfonso arguye,—
Y ansí vos digo agora
Salgades en el término fijado,
Ca non consentiré yo más demora;
E si pasados dichos dias nueve
En mis Regnos vos hallo,
Vos tengo que tratar como á un rebelde
Ca del Rey, su Señor, desprecia el fallo.»
Auséntase el Monarca,
Atónito dejando á D. Rodrigo
Pensando en la injusticia
Con la cual le han impuesto aquel castigo.
Achácalo á la envidia
Con que el conde García le miraba,
Y el Cid se lamentaba
De ver en la nobleza tal perfidia.
Dirígese al palacio,
Y convoca al momento á sus parientes,

Que llegan presurosos
Dispuestos á seguirle con sus gentes.

Alvar Fañez Minaya, noble y bravo,
Y Martin Antolinez, gran guerrero,
Don Diego Ordoñez, y otros muchos llegan,
Y sus huestes agregan
A las del más preclaro caballero.
Reúnense en consejo,
Y acuerdan dirigirse á la frontera
Del moro, con bandera
Enhiesta en són de guerra;
Mas hallándose faltos de dinero,
Acordaron pedírselo prestado
A Vidas y Raquel, que eran judíos,
Y en Búrgos habitaban,
Y al momento les fué facilitado.
Estos israelitas
Que al Cid mucho querian,
Y tenian en él gran confianza,
Dos arcas aceptaron,
De guijarros repletas en fianza.

Los judíos pensaron
Que las arcas tenían
Aljofar y rubíes y brillantes;
Pero más confiaron
En la leal nobleza del grande héroe,
Y por eso el dinero le entregaron.
Y el bravo Don Rodrigo
Dijo para consigo:
«Si obré de tal manera,
Es porque queda dentro de las arcas
La fé de mi palabra verdadera,
Que vale más que el oro
Et que todos los bienes de esta vida:
Yo les daré el dinero
E á más una ganancia bien crescida.
Hoy me encuentro, en verdad, bien apurado,
Ca mi cabdal y el ca tomé á los moros
En servicio de Alfonso lo he gastado.
E agora me destierra,
E los mis enemigos
Se quedan muy amigos
Del Monarca, engreidos é contentos,
E á mí que por servirle fuí á la guerra,

Me regala non más ca sufrimientos.
Mas en Dios confianza al fin tengamos;
Marcharémos faciendo guerra á moros,
E tal vez prontamente consigamos
Castillos, é grandísimos tesoros.»

VIII.

Una lucida cabalgata marcha
Salida del palacio de Vivar,
Y á la bella Jimena se distingue
Llorando de pesar.

«Non llores, prenda amada»—la decía
Rodrigo, con grandísima emocion—
«Que magüer leguas mil de tí me ausente,
Te dejo el corazon.»

«De en medio del horrísono combate;
De la más espantosa y brava lid,
El recuerdo de tus divinos ojos
Salir me hará feliz.»

«Tus miradas me infunden energía;
Tus lágrimas me llenan de dolor:
Un trono te daré, bella Jimena;
Non llores más, mi amor.»

«El llanto enjuga ya, bello lucero,
Que la Vírgen mi vida guardará,
E sabiendo que tanto nos amamos
La ausencia acortará.»—

—«Lloro, Rodrigo de mi vida, lloro
Porque á perderte largo tiempo voy,
—Contestóle Jimena—¡Siempre sola!
¡Qué desgraciada soy!»—

—«Te aseguro, Jimena idolatrada,
Que la ausencia muy poco ha de durar;
Tomaré una Cibdad á los muslines.
E irás allí á regnar.»

«Lo que agora te digo, amada prenda,
Non tiene que tardar en susceder,
Et verás renascer nuestra alegría
Que eterna habrá de ser.»—

«Pues bien,—ella le dijo,—si eso logras
Al momento vendrásme aquí á buscar,»
Y....dándose los dos un casto beso,
No vióse más llorar.

La cabalgata se detuvo en Búrgos,
Y tiendas de campaña levantó:
En las eras del barrio Santa Clara,
El héroe pernoctó.

Así que hubo otro dia amanecido,
A la Corte dispuso el Cid retar,
Y á los que á ella llevaban mercancías
Mandóselas quitar.

Ni los grandes ni el Rey, por ofendidos
Se dieron, porque el pueblo murmuró
Al saber que al más noble caballero,
Alfonso desterró.

Al ver el bravo Cid que no salian
Ni el Rey ni sus privados, mandó dar
A los viajeros que á la Corte iban,
Lo que ordenó quitar.

A San Pedro-Cardeña se dirige,
Y al Abad, Don Rodrigo le rogó
Cuidara de Jimena y de sus hijas,
Y el monje se alegró.

Cien marcos de oro le entregó para ello,
Y en seguida dispuso el Cid marchar,
Que el plazo que dió el Rey, de nueve dias,
Estaba al terminar.

Los guerreros oyeron allí misa,
Y el noble Abad bendijo su pendon,
Y tambien el buen monje á la mesnada
La dió su bendicion.

El Cid á todos les arenga, y dice:
—«Quisiera, amigos mios, yo saber
Si al destierro seguídesme contentos,
Que habrá que padescer.»

Alvar Fañez, por todos la palabra
Ha tomado, y contesta:—«Noble Cid:
Por yermos et poblados con tí irémos,
E harémos brava lid.»

«Dispon de nuestras vidas et faciendas,
Pues face largo tiempo tuyas son;
Ca todos los presentes te queremos
Con todo el corazon.»

—«Gracias, bravos guerreros, muchas gracias»—
Afectado Rodrigo contestó;
Del Abad despidióse, de sus hijas
Y su esposa, y partió.

Los clarines guerreros resonaron,
Y la verde bandera vióse ondear,
Y yelmos y rodelas y armaduras
Veíanse brillar.

En Espinas del Dan hicieron noche,
Prosiguiendo despues la expedicion,
Y á la sierra de Miedes se dirigen,
Y allí hacen detencion.

Quiso ver los guerreros que llevaba,
Y resultan de á pié más de tres mil;
Y además cuatrocientos de á caballo
De aspecto muy gentil.

—«Hoy entremos, amigos et parientes,
En tierras de sectarios del Korán,
Ca el plazo que me han dado, agora acaba,»—
Les diz su capitan.

Avanzaron aunque era ya de noche,
El castillo á espiar de Castrejon,
Y á Alvar Fañez le ordena que hostilice
El Reino de Almenon.

Se apostan los infantes en celada,
Y doscientos caballos con el Cid:
Con los otros doscientos va Alvar Fañez
Bravísimo adalid.

Hostiliza á Alcalá y Guadalajara,
A Fita y otros pueblos del muslin,
Y siendo afortunado en esta empresa,
Tomó rico botin.

Entre tanto Rodrigo en emboscada,
Del castillo los moros acechó,
Y así que vió que estaban descuidados,
Con sus tropas salió.

Los moros que no estaban prevenidos
Se confunden de espanto y de temor,
Y los bravos soldados de Castilla
Sembraban el terror.

Penetran los del Cid en el castillo
Matando á los que inténtanse oponer;
Y grandes cantidades de oro y plata
Lograron recoger.

Alvar Fañez preséntase gozoso
Y el botin á Rodrigo le entregó:
El quinto el Cid le ofrece, y Alvar Fañez
Así le respondió:

«Guarda, noble Rodrigo, las riquezas
Que el ejército habrás de mantener,
E por ende comprendo que esas y otras
Gran falta han de facer.»

«Gracias,—el Cid contesta,—bravo primo,
Este rasgo jamás he de olvidar:
El cariño ca siempre te he tenido,
Desde hoy he de aumentar.»

IX.

Muy pronto aquel castillo abandonaron,
Que de agua y bastimentos carecía,
Y en tierras enemigas se internaron
Talando y recogiendo cuanto habia:
Ante la plaza de Alcocer llegaron,
Y aunque muy grande guarnicion tenía
La cercan, de tomarla con intento,
Levantando á su vista el campamento.

Los moros que se ven así retados
Salieron del castillo embravecidos
Contra los burgaleses desterrados,
Pensando no serían socorridos:
Los de Búrgos formáronse ordenados,
Y aguardaron la turba decididos
A batirla, y entrar despues el fuerte,
Sembrando sin piedad espanto y muerte.

En efecto, los bravos campeones
Hicieron retirar al mahometano,
Quedando de Castilla los leones
Triunfantes con su esfuerzo sobrehumano:
El fuerte no asaltaron los peones,
Porque el Cid, nobilísimo y humano,
Quiso economizar sangre preciosa,
Que esta clase de lidia es muy costosa.

Tres meses y diez dias estrecharon
El castillo, por ver si le rendían,
Mas los moros, adentro se quedaron,
Que falta de vituallas no tenían:
El Cid y sus amigos acordaron
Un lazo armarles por si en él caían,
Y en práctica pusiéronle al momento,
Abatiendo, á su vista, el campamento.

Los muslines, al ver que los cristianos
Con sus tiendas y equipo se marchaban,
Del castillo salieron muy ufanos,
Creyendo que extenuados se encontraban:
Con burlas y denuestos inhumanos,
A los bravos burgueses insultaban;
Mas estos que cumplido ven su intento,
Se revuelven con brio y ardimiento.

Y penetran en medio las legiones
Musulmanas, llenándolas de espanto,
Y arrollando sus haces y escuadrones,
Asombran al muslin con valor tanto:
Desbándanse por todas direcciones
Poseidos de terror por el quebranto
Que causaron los hijos de Castilla
Con ballesta, con lanza y con cuchilla.

Entraron el castillo, y al momento
Colocaron gloriosa su bandera;
Esta hazaña poniendo en movimiento,
A Ayllon y á toda la comarca entera:
Grandes fuerzas juntáronse al intento,
De hacer en ellos riza verdadera;
Mas los bravos é invictos burgaleses,
A los moros causaron mil reveses.

A muchas poblaciones sometieron
Que cuantiosos tributos les pagaron;
Molina, Atienza y otras se reunieron,
Y á Valencia, socorros demandaron:
Alcanin (6) y los suyos comprendieron
Que grande era el peligro, y acordaron,
Declarar á Rodrigo cruda guerra,
Hasta hacerle salir de aquella tierra.

Los reyes Galve y Faris, mahometanos,
Tributarios del Emir de Valencia,
A batir á los bravos castellanos
Con sus tropas salieron con urgencia:
Tres mil ginetes todos veteranos
Llevaban devorados de impaciencia,
Y más de quince mil de infantería,
Henchidos de entusiasmo y alegría.

Don Rodrigo que ve llegar la gente
Enemiga, les dice á sus guerreros:
—«Ya tenemos, amigos, frente á frente
A los moros, ca vienen hoy muy fieros:
Mas non se marcharán impunemente,
Que habemos de tintar nuestros aceros
En la sangre enemiga del cristiano;
Guerra á muerte sin tregua al mahometano.»—

«Guerra, guerra,»—contesta entusiasmado
El ejército bravo de Rodrigo—
«Gloria será morir del Cid al lado;
Salgamos á batir al enemigo:»
—Don Rodrigo de gozo alborozado
Le dijo á su pariente y buen amigo
Alvar Fañez:—«Suframos muerte honrada,
O venzamos agora en la jornada.»

Y al campo salen de esperanza llenos
Rompiendo las falanges agarenas;
No importa que ellos sean muchos ménos
Si van de santa fé sus almas llenas;
Hieren, matan, pelean como buenos;
El moro se defiende á duras penas;
Y en ménos de dos horas ven tendidos
En el suelo seis mil muertos y heridos.

Alvar Fañez perdió en esta jornada
El caballo, y su lanza fué rompida:
Huyendo el moro fué á la desbandada,
Y á Faris causó el Cid una ancha herida:
A muchos les cortó la retirada;
La riqueza ganada fué crecida,
Y tomando Don Ruí la quinta parte,
A sus soldados lo demás reparte.

A pesar de encontrarse desterrado
Por el rey Don Alfonso, injustamente,
De las grandes riquezas que ha ganado,
A su régio Señor mandó un presente:
Alvar Fañez Minaya fué enviado
Con cincuenta caballos ricamente
Enjaezados, por moros conducidos
Que lucían magníficos vestidos.

Tambien mandóle al Rey los dos pendones,
A Galve y Faris en la lid cogidos,
Trofeos que en las bélicas naciones
Son siempre con festejos recibidos:
Don Alvar con risueñas ilusiones
Marchaba con regalos tan lucidos,
Y otros varios que el Cid tambien mandaba,
A la esposa que tanto le adoraba.

Por dineros cedió luégo Rodrigo
El fuerte de Alcocer al mahometano,
Y marchóse á batir nuevo enemigo
Con su ejército bravo castellano:
Riquezas se llevó muchas consigo,
Y en tierra entró del Rey zaragozano,
El que al saberlo le mandó embajada,
Rogándole pasase á su morada.

Son tales sus hazañas y proezas.....
Que no hay que se resistan ya castillos:
Las más inexpugnables fortalezas
Ante el héroe bajaban los rastrillos;
De los moros temblaban las cabezas,
Cayendo de sus manos los cuchillos
Cada vez que veían desde lejos,
De sus pujantes lanzas los reflejos.

De Almudafar (7) la oferta es aceptada
Y en su palacio al Cid han hospedado;
Tambien á su bravísima mesnada
En la misma Ciudad han alojado:
Fué en extremo la hueste festejada;
El héroe cual un rey fué venerado,
Quedando Zaragoza de Rodrigo
Tributaria, y su Rey sincero amigo.

X.

El Cid se halla en Zaragoza,
De Almudafar obsequiado,
Pero el héroe contristado
Está sin poder gozar;
Piensa en sus queridas hijas
Y en su esposa idolatrada,
Que de él siempre separada
Nunca cesa de llorar.

El bravo Rodrigo Diaz
Se acordaba de su tierra,
Que por servirla en la guerra
Su haber y salud perdió:
El pago del rey Alfonso
Siempre presente tenía,
Y más aún la villanía
Del que á Alfonso aconsejó.

Estaba muy impaciente;
No le agradaba el sosiego,
Y deseaba que luégo
Llegase el embajador
Alvar Fañez, con noticias
De su Rey y de Jimena,
Para hacer huir la pena
Del combate ante el fragor.

Todos los dias al campo
Exploradores salían,
Para ver si distinguían
De Castilla á álguien llegar;
Y por fin llegó la hora
De distinguir á lo léjos
Mucha gente, y los reflejos
De miles de armas brillar.

Soldados cristianos eran,
En esto duda no habia,
Pero aun no se distinguía
De qué tierra ó qué nacion;
Luégo ven que á toda rienda
Un caballero avanzaba,
Y que ante ellos se paraba
Lleno de satisfaccion.

«Soldados del Cid— les dice—
A su presencia marchemos,
Que grandes cosas tenemos
Que anunciarle; ansí guiad;
A esos guerreros que avanzan
Alvar Fañez acaudilla,
Que son hijos de Castilla
De valor é lealtad.»

Igual que el rayo veloces
Parten á dar las noticias,
Y recibe las albricias
El Cid loco de placer:
Al punto monta en Babieca,
Y tan veloz como el viento,
Se presenta en un momento
A los bravos conocer.

Alvar Fañez le recibe
Y con efusion se abrazan,
Y mil brazos le entrelazan,
Que muy querido era el Cid:
«Viva el héroe de Castilla
—Gritan todos los soldados—
Seamos pronto guiados
Por tal caudillo á la lid.»

El Cid muy emocionado
Les dice:—«Gracias, amigos:
Los cielos serán testigos
De que habemos de vencer;
Habiendo en Dios confianza
Marcharémos al combate,
Arrollando nuestro embate
Al guerrero bereber.»

De doscientos caballeros
La hueste se componía,
Y muchos de infantería,
Que Alfonso licencia dió
A todo aquel que quisiere
Alistarse en la bandera
Del Cid, y de esta manera
El ejército creció.

«Tambien absuelvo—el Rey dijo—
A los que con Ruí marcharon;»
—¿«Y á él?»—muchos preguntaron—
Y Alfonso contestó:—«Non:
Porque se halla subsistente
El tratado de Toledo,
E por ende yo no puedo
Sin ofender á Almenon.»

«Sin embargo-diz-me encuentro
Del Cid muy agradescido;
Et si non le he comprendido
En la gracia general,
Es por ca dicho tratado
Le impide entrar en su tierra;
Mas le ayudaré en la guerra
Porque es muy noble é leal.»

Con estas gratas noticias,
Y sabiendo de Jimena
Que, aunque triste, estaba buena
De sus hijas en union,
El ilustre desterrado,
Al frente de su mesnada,
Se dirigió á su morada
Con gozo en el corazon.

El Emir de Zaragoza
Falleció á los pocos dias,
Haciendo dos monarquías
De la que una debió ser;
Repartióla entre sus hijos
Aben-Alfange y Zulema,
Que era en aquel tiempo tema
Tan absurdo proceder.

A Dénia fué Aben—Alfange
A ser Emir coronado:
En Zaragoza aclamado.
A Zulema se le vió:
Despues de la ceremonia,
A la que el Cid fué presente,
El nuevo Emir diligente
Al héroe burgués habló.

Suplicóle que aceptara
El Gobierno de su Estado,
Que el Cid era muy amado
De aquellos hijos de Agar;
El héroe aceptó gustoso
La oferta que se le hacía,
Y desde aquel mismo dia
Dió principio á gobernar.

Aben—Alfange celoso
De la persona nombrada
Por su hermano, una embajada
Mandó al Conde catalan,
Y en Barcelona firmóse
Un tratado de alianza,
Por destruir la pujanza
Del burgalés capitan.

No gustando Don Rodrigo
De la vida sosegada,
Recorrió con su mesnada
Teruel, Monzon y Alcañiz;
Hostilizando á los moros
Estuvo cincuenta dias,
Teniendo estas correrias
El éxito más felíz.

Cuando con muchas riquezas
A Zaragoza volvía
Supo que le perseguía
De cerca la coalicion;
Que un ejército de moros
Aben—Alfange mandaba,
Y de cristianos guiaba
Otro el conde Don Ramon.

Forma al instante en batalla
A sus valientes guerreros,
Y les dice:—«Compañeros:
Morir agora ó vencer:
Confianza en Dios pongamos
Ca todos sodes valientes:
Magüer vengan triples gentes
Non debédeslas temer.»

Estando hablando á los suyos
Se presenta el enemigo:
Como un leon Don Rodrigo
Hácia él se dirigió:
Los castellanos le siguen
Haciendo terrible riza,
Que muy brava era la liza
Que al instante se trabó.

En busca de algun magnate
Del ejército enemigo,
Recorría Don Rodrigo
El campo con avidez:
Si alguno hallaba delante
Caía de una lanzada,
Que no detenía nada
Al héroe de Búrgos prez.

Al Conde por fin divisa
Donde más récia es la lucha;
Con él está gente mucha,
Mas nada le acobardó:
A unos hiere, á otros ahuyenta,
Y al Conde, por fin, alcanza,
Y con un bote de lanza
Al suelo le derribó.

Al ver al Conde vencido,
Los catalanes huyeron,
Y los moros les siguieron
En la mayor confusion:
La liza duró tres horas,
Que fué en extremo cruenta,
Do personajes de cuenta
Murieron con profusion.

Aquí adquirió Don Rodrigo
Aquella espada colada
De todos tan admirada,
Que al Conde perteneció;
Y al ver á este contristado
Por hallarse prisionero,
El preclaro caballero
De esta manera le habló:

«Non vos aflijades, Conde,
Ca son cosas de esta vida:
Tendrédes acá comida
De lo que querades vos:
Por ende non contristaros
Ca estarédes bien servido,
Et conformarse es debido,
Con la voluntad de Dios.»

«Comed vos y estad contento,
Ca sodes home de suerte;
Para mí, venga la muerte
Ca non podré ya vivir.»
Esto Don Ramon responde,
Y el Cid de él compadecido,
Libertad le ha concedido
Sin un rescate exigir.

El héroe fué á Zaragoza
Do tenía su morada,
Y de allí con su mesnada
Salía el campo á correr;
Zulema estaba gozoso
Con tan bravo caballero,
Y de todo el Reino entero
El Cid se hacía querer.

XI.

Alfonso de Castilla
Tenía ya invadido
El Reino de Toledo
Por muerte de Almenon;
Tambien Hissen, su hijo,
Habia fallecido,
Y el hijo de este, Hiaya,
Reinaba á la sazon.

El cerco de Toledo
Costaba gente mucha,
Porque era muy cruenta
Tan porfiada lid:
Convoca una cruzada
Por acabar la lucha
Cuanto ántes, y se acuerda
De su valiente Cid.

Le envía una misiva,
Rodrigo la obedece:
Preséntase en la Corte,
Y Alfonso le abrazó:
El bravo héroe de Búrgos
Al Rey esto agradece
Y olvida las desdichas,
Que, injustas, le causó.

Alfonso de Castilla
Se hallaba disgustado
Por encontrarse el moro
De Rueda en rebelion:
Por eso á Don Rodrigo
Las órdenes ha dado
Para que marche y venza
La mísera traicion.

Rodea con sus tropas
La villa y el castillo,
Y alguno que otro dia
Las manda acometer:
Los moros esgrimían
Con brio su cuchillo,
Mas siempre ante Rodrigo
Tenían que ceder.

Por fin entró la plaza,
Cayendo prisioneros
Los moros que allí estaban,
Y el jefe Aben-Falaz
Al Rey fué remitido
Con diez de sus guerreros,
Para que castigase
Su atroz temeridad.

A Búrgos fué Ruí Diaz
A ver á su Jimena;
Y á sus queridas hijas
Ansioso de abrazar;
Penetra en su morada,
Y allí exento de pena,
Despues de mil azares
Les ven juntos gozar.

Del Rey era querido,
De todos venerado;
Las gentes le adoraban,
El héroe era feliz;
Mas el honor de Búrgos
Hallábase empeñado,
Y al cerco de Toledo
Volvióse el bravo Cid.

Á Alfonso dan aviso
Que el rey Aben—Alfange
Llegaba decidido
Sus Reales á atacar
Y al punto al Cid ordena
Que ahuyente á la falange;
Y el héroe y Alvar Fañez
La salen á encontrar.

Avístanse en Consuegra;
Principiase el combate,
Muriendo en la batalla
Un hijo del buen Cid: (8)
Los moros al comienzo
Resisten el embate,
Mas luégo amedrentados
Huyeron de la lid.

Volviéron á Toledo
Los bravos campeones;
El Cid con faz serena,
Mas lleno de pesar,
Padece porque á su hijo
Perdióle su denuedo,
Y en tan atroz desgracia
No cesa de pensar.

El Rey al ver que el sitio
Seguía porfiado,
Al héroe más invicto
Las tropas confió;
Y como en sus empresas
Siempre era afortunado,
Toledo al de Castilla
Muy pronto se rindió.

Al rey Alfonso el sexto
Le dice el triste Hiaya,
Que el Reino de Valencia
Le ayude á conquistar;
Al Cid, su Soberano
Ordénale que vaya
Con moros y burgueses
Los que él quiera tomar.

Los bravos castellanos
Dirígense á Valencia,
Y llegan á esta plaza
Con viaje muy feliz:
El rey Hiaya á su trono
Subió sin resistencia,
Volviéndose á Toledo
Muy pronto el bravo Cid.

XII.

Era digno de lástima el rey Hiaya;
En todo era en extremo desgraciado;
En Toledo le habian destronado,
Y Valencia se hallaba en rebelion;
El Rey de Albarracin la codiciaba,
El de Dénia queria ser su dueño,
Y otros varios tenian gran empeño
De entrar en tan bellísima mansion.

Al verse el emir Hiaya amenazado
De tantos poderosos enemigos,
Del bravo burgalés y sus amigos
Acuérdase y les manda un memorial:
Rodrigo se enteró de la misiva,
Y á Valencia dirige sus peones,
Seguido de los bravos escuadrones
Cuya fama en el mundo es inmortal.

El conde D. Ramon de Barcelona
Tenía puesto ya cerco á Valencia;
Lo sabe el castellano, y con urgencia
Una carta mandóle al sitiador;
En ella le decia que al momento
El cerco levantara el mismo dia;
Que si preso otra vez allí le hacía
Habia de tratarle con rigor.

El Conde catalan muy sorprendido
De tener á Rodrigo tan cercano,
Dejó de molestar al valenciano,
Y á Requena su ejército guió:
El Cid entró en Valencia victorioso,
Y el Rey en su favor firmó un tratado,
Quedando D. Rodrigo su aliado
Por sueldo que el tratado estipuló.

El Rey de Zaragoza y el de Dénia
Con el Conde se habian coligado;
En la liga tambien habia entrado
El Señor de Tortosa contra el Cid.
Lo sabe el héroe invicto y al momento
Con su invencible ejército cristiano
De Liria despojó al zaragozano (9)
Su hueste derrotando en franca lid.

De regreso á Valencia el héroe invicto,
Con cuantiosas riquezas bien ganadas,
Las tropas encontró confederadas,
Dispuestas á su ejército dar fin;
El conde D. Ramon de Barcelona
Comandaba un ejército crecido;
Y el héroe burgalés creyó perdido
Cuando ménos, su espléndido botin.

A la lucha al momento se prepara,
Porque no era posible rehuirla:
A su brava legion vino á batirla
Lleno de confianza el catalan:
Colócase Rodrigo en una sierra;
El Conde le invitó bajase al llano,
Que así sería «el bravo castellano,
Et si non, un cobarde capitan.»

El Cid les contestó con energía:
Venid, venid si á mí vos atrevedes;
Ca moros et cristianos bien sabedes,
Que á todos en batalla vos vencí;
Et tambien vos tomé lo que traíades,
E agora vos daré tambien soldada
De la ca suelo dar con la mia espada,
Ca cumplo, siempre, yo lo que ofrescí.

El Conde se enfurece, y con sus tropas
Apoderarse de Rodrigo intenta;
Trabóse la batalla y fué cruenta,
Saliendo de ella vencedor el Cid;
El conde D. Ramon fué prisionero,
Y muchos de los jefes catalanes
Entre ellos Cuiravent: Los musulmanes
Huyeron aterrados de la lid.

El Cid marchó á Valencia donde estaba
Cual un emperador considerado;
Temido era á la vez que venerado
Por su afabilidad y gran valor;
Prodigábanle rentas muy crecidas
Segorbe, Albarracin, Murviedro y Xara,
Tortosa, Dénia, Liria y Almenara,
Y Valencia, de que era ya Señor.

Que aunque en ella reinaba el triste Hiaya
El verdadero Rey era Rodrigo,
Que por su infortunado y régio amigo
Velaba noche y dia sin cesar;
La Hacienda le arregló muy sábiamente
Y cobró los tributos atrasados,
Logrando así calmar á los soldados
Muslines, que querian desertar.

XIII.

El Rey de Castilla juntó muchas tropas,
Y al bravo Rodrigo recado envió
Para que acudiese con su hueste brava
De Aledo al Castillo, que el moro sitió.

El Cid con sus gentes se hallaba en Requena
Por donde esperaba pasase su Rey;
Pero D. Alfonso tomó otro camino
Y disolvió sólo la bárbara grey.

Reúnense en Mártos las bravas legiones
Del Rey y Rodrigo, é intentan batir
Los almoravides que Alí comandaba,
Y en varios encuentros les hacen huir.

La pérfida Corte que sigue al Monarca
Traidora conspira y al Rey hace creer,
Que su Real persona se hallaba en peligro;
Que el noble Rodrigo le quiere prender.

Alfonso irritado creyendo á los nobles,
Del bravo caudillo se quiere vengar;
Y en las poblaciones del Cid tributarias
Del héroe el derecho pretende cobrar.

El Cid con su hueste se ausenta al momento,
Y á los consejeros de Alfonso retó;
Mas eran cobardes cual viles traidores,
Y al reto, ninguno, del Cid acudió.

El Rey se avergüenza de sus cortesanos,
Y al bravo Ruí Diaz envía á llamar;
Le dice que olvide lo que ha sucedido,
Y el Rey y el vasallo volviéronse á amar.

Alfonso quedóse corriendo algaradas,
Y el héroe á Valencia, de prisa marchó:
Hallóla en disturbios, que el moro Abeniafa
Al Rey infelice la muerte le dió.

Hallábanse dentro los almoravides;
El Cid trabajaba por verlos salir;
Le manda instrucciones al moro caudillo,
Las cuales al héroe promete cumplir.

El tiempo pasaba no siendo cumplidas
Aquellas promesas que el moro ofreció;
Por eso Rodrigo sus tropas dispuso,
Y dos arrabales al moro quitó.

El uno era Alcudia; Villanueva el otro,
Y hubiera tomado tambien la ciudad,
Si tardan un poco los almoravides
Que, al fin, se batieron con tenacidad.

Los moros de Alcudia se hallaban hostiles;
Para reducirlos Rodrigo ordenó
Que sus escuadrones cargasen las masas,
Y el moro aterrado la paz le pidió.

Rodrigo la otorga: celebran tratado,
Y la fortaleza de aquel arrabal
Quedó por los bravos guerreros de Búrgos,
Y á Alfonso, Rodrigo la ofrece leal.

Queriendo Abeniafa ser Rey de Valencia
Al Cid considera leal protector;
Por eso resuelve con sus partidarios
Al héroe cristiano pedirle favor.

Lo ponen por obra y al Cid se presentan:
Rodrigo les dice:—«Non quiero tratar
Con ese Abeniafa si non salen antes
Los almoravides: ansí los echar.»

Se estiende al momento del Cid la respuesta;
Valencia se hallaba con mucha escasez:
Temiendo peligro los almoravides
Se van, y amenazan volver otra vez.

El Cid á Abeniafa reclama las rentas
Que habian vencido desde que murió
El triste Monarca, que fué de Valencia,
Y el moro al momento pagar ofreció.

Se hallaban cobrando del Cid los tributos
Cuando la noticia le dan de que Alí
Venia mandando los almoravides,
Y el héroe dispuso batirlos allí.

Al moro Abeniafa le manda instrucciones
Para que defienda la bella ciudad:
Se apresta á la lucha, y á Alí comunica
Desista en su empresa de temeridad:

Que el Cid con Don Pedro se hallaba alïado,
Muy bravo guerrero y rey de Aragon;
Que no aventurase su ejército entónces,
Dejando la lucha para otra ocasion.

El almoravide no atiende el aviso,
Y sigue su marcha resuelto á triunfar
Del bravo Rodrigo, que espera animoso,
Rompiendo los puentes del Guadalaviar.

Destruye los diques é inunda los campos,
Y solo un estrecho camino dejó;
En él á su gente dispuso á la lucha,
Mas no tuvo efecto: que Dios le ayudó.

De noche llegaron los almoravides,
Mas era una noche terrible y atroz;
Bramaban los vientos, y hendian el éter
Centellas y truenos de horrísona voz.

Las nubes, el agua vertiendo á torrentes,
La inmensa llanura convierten en mar:
Y ciegos de espanto los almoravides,
Acuerdan volverse con mucho pesar.

Los moros contrarios que habia en Valencia,
Tenian resuelto salir contra el Cid
Así que llegaran los almoravides,
Y hubiera empezado con ellos la lid.

Mas cuando supieron que habian marchado,
Y vieron que el sitio Rodrigo estrechó;
Los bandos contrarios la guerra se hicieron,
Y envuelta en horrores Valencia quedó.

La lucha seguia tomando incremento,
Y al moro Abeniafa pretenden matar;
Mas este se escapa y al Cid se presenta,
Y ofrécele pronto la plaza entregar.

El Cid en rehenes reclámale un hijo,
Y el moro Abeniafa llevarle ofreció;
Mas luégo en Valencia pensó diferente,
Y aquella promesa jamás la cumplió.

Redobla el asedio: Del Cid los soldados
Asaltan la plaza con rudo valor;
Sangre árabe vierten con mucha abundancia,
Llenando á Valencia de luto y terror.

Los moros concluyen los víveres todos;
Las gentes perecen de necesidad;
Y al héroe se rinden transidos de pena,
Y al fin hace suya la bella ciudad.

Penetra en Valencia: Despues á los moros
En su régio alcazar de Alcudia citó:
Penetra imponente; se sienta en su Estrado,
Y á aquellos muslines así les habló.

«Yo soy uno home ca nonca ovo regno,
Magüer de linaje si vengo de Reis:
Ansí desde agora Señor seré vuestro,
Mas yo vos respeto costumbres y leis.»

«Arevos justicia los lúnes et juéves
Et siempre ca hobiere priesa en la facer,
Ca non soy lo mesmo ca vuestros señores,
Ca están con mojeres gozando placer.»

«Et non vos resciben nin caso vos facen,
Mas yo vos prometo por todos velar:
Darédesme rentas lo mesmo que á ellos,
Et si obedecedes vos tengo que amar.»

«Non quiero que nadie penetre en Valencia,
Nin puedan en ella comprar nin vender
Los mios soldados: ca estén en Alcudia;
Et si entran algunos facedlos volver».

«Et si se resisten podredes matarlos,
Ca yo vos lo mando, y ansí lo faced;
El Cid desde agora Señor será vuestro,
Et quiere á Valencia facerla merced.»

Los moros que oyeron del Cid el discurso,
Henchidos de gozo salieron de allí;
Mas ¡ay! que Rodrigo pensaba otra cosa,
Y para calmarlos tan solo habló así.

Despues se quejaron algunos muslines
En varias audiencias que el Cid concedió,
Y el bravo Rodrigo.... miró por los suyos,
Y al moro infelice gran pena causó.

Tambien ordenóles que al moro Abeniafa
Lleváranle preso por ser un traidor
Que habia engañádole á él varias veces,
Y sido asesino del Rey su señor.

Prometen hacerlo y al fin lo ejecutan,
Metiéronle preso y el Cid le juzgó:
La pena de muerte le impuso, y á su hijo
Por ser de tal padre, se le desterró.

Las tropas entraron despues en Valencia:
Los moros salieron la Alcudia á habitar:
El Cid por los suyos miraba amoroso,
Porque le ayudaron Valencia á ganar.

Creó dos Iglesias, nombrando un obispo,
Que fué D. Gerónimo, del Rey capellan;
Dotólas con rentas y puso canónigos,
Que muy piadoso era tan gran capitan.

Tambien en Valencia quedaron los moros
Del Cid partidarios, que así los premió;
Dejóles á todos su aljama y mezquitas,
Y paz y alegria muy pronto reinó.

XIV.

Bajo el Gobierno de tan buen caudillo,
Valencia volvió á ser lo que ántes era,
Recobró con usura el fausto, el brillo,
Y mostróse cual siempre de hechicera.

Valle de la ilusion apellidada
Era mansion tan bella por los moros;
De reyes poderosos envidiada,
Porque vale millones de tesoros.

Emporio del comercio y de las artes;
Patria de la alegria y de las flores;
Dó verjeles se ven por todas partes
El aura embalsamando con olores.

Dó las aves de nítido plumaje
Saludan al Criador todos los dias,
Ocultas entre flores y follaje,
Con tiernas y amorosas melodías.

El mar Mediterráneo sus piés baña
Y refresca las auras con su aliento:
Tiene, en fin, esta perla de la España
Más bello que otra alguna el firmamento.

Esta es la ciudad bella conquistada
Por el bravo guerrero castellano:
Con muy pequeña hueste fué tomada,
Y leal, la ofrecio á su Soberano.

Viendo ya sosegados los muslines
Envió por sus hijas y Jimena,
Porque aquella mansion de querubines
Sin ellas le causaba grande pena.

Acordóse tambien del Soberano,
Y doscientos bridones muy lucidos
Remitióle el invicto castellano,
Por moros, de los diestros conducidos.

Doscientos y cincuenta caballeros,
Que Fañez y Antolinez comandaban,
Marchaban á su tierra placenteros
Porque el régio presente custodiaban.

Llegaron los guerreros á Palencia
Cuando Alfonso salía de oir misa,
Y al ver la hueste brava de Valencia,
El pueblo reunióse á ella de prisa.

Al ver la gente, el Rey, que se agolpaba,
Y mirar los soldados que venian,
—«¿Qué es eso?» á sus vasallos preguntaba.
—«Guerreros son del Cid»—le respondian.

Antolinez y Fañez se acercaron,
Y rindieron al Rey acatamiento:
A palacio despues le acompañaron,
Y mandóles pasar á su aposento.

«¿Qué nuevas—él les dijo—me traedes
Del héroe más leal que hay en Castilla,
E más noble é más bravo? ¿Qué tenedes
Que decir del mio Cid el sin mancilla»?

«Señor—le contestaron—que ha tomado
Muchos castillos y á Valencia bella,
La cual en vuestro nombre ha conquistado,
Que tan solo Señor quiere él ser de ella.

«Vos remite tambien como presente,
Los doscientos corceles muy fermosos
Que conducidos trae mora gente
Con arreos y alfanjes primorosos.»

Alfonso alborozado de alegría
Alojó á los enviados en los régios
Aposentos, y al héroe concedía
Los más ricos y honrosos privilegios.

Desde aquella ciudad á Búrgos fueron,
Y á los buenos judíos entregaron
El dinero que al Cid, estos le dieron,
Y en Cardeña, despues se presentaron.

A la esposa del Cid hacen presente
Y á sus hijas llamadas Sol y Elvira,
Que su deudo se encuentra felizmente
Y que por verlas, de ansiedad delira.

Las hijas y la esposa alborozadas,
El viaje en el momento dispusieron;
Y de muchos guerreros escoltadas
A la bella Ciudad se dirigieron.

Don Rodrigo adelántase á esperarlas,
Escoltado de bravos caballeros,
Y el clero con el pálio salió á honrarlas,
Seguido de los nobles y pecheros.

Con tan fausto suceso hubo en Valencia,
Para todos, amenas diversiones;
Que al Cid por su valor y su clemencia,
Amábanle los moros corazones.

XV.

Valencia por Rodrigo gobernada
En riqueza crecía y hermosura,
La agrícola labor desarrollada
Devolvía los frutos con usura:
Es joya de esmeraldas engastada;
Su clima es protegido por Natura,
Que pródiga, en extremo, fué con ella,
Porque es ciudad de Iberia la más bella.

Esto mismo fué causa de que el moro
Pusiese grande empeño en poseerla,
Que era mucha ignominia, y gran desdoro
Haber perdido el árabe tal perla:
De Marruecos el Rey gastó un tesoro
En gente armar que sitio fué á ponerla;
Pero el bravo Rodrigo tuvo aviso,
Y no fué sorprendido de improviso.

A las huertas los árabes llegaron
Cuando el Cid reunía á sus guerreros,
Y oyendo los clarines que sonaron,
«Nos llaman,—dijo,—vamos, caballeros»
Todos en el momento se aprestaron
Queriendo salir todos los primeros
Contra más de cien mil de infantería,
Y ginetes cincuenta mil que había.

El Cid para que viesen su Jimena
Y sus hijas las masas tan crecidas,
Subiólas á una torre, y des la almena
Las vieron y quedaron confundidas:
«Non debedes tener por eso pena
—Las dijo,—sí mirar muy complacidas;
Ca si bien hay muslin en abundancia,
Tambien habrá *á más moros más ganancia.*»

Un escuadron de fieros mahometanos
Se aproxima á las puertas de Valencia,
Y otro escuadron de bravos castellanos
A su encuentro marchó con diligencia:
Los moros que se hallaban muy ufanos
Creyendo no hallarían resistencia,
Sorprendidos quedaron en la liza,
Causándoles los nuestros fatal riza.

Era Alvar Salvatore quien mandaba
Á aquella tan valiente compañía,
Y á diestro y á siniestro acuchillaba,
Y cada golpe suyo un muerto hacia;
La victoria los ojos le cegaba,
Y en medio, el campo moro se metía
Quedando prisionero, y sus soldados
A Valencia volviéron ordenados.

Al ver tan brava accion, Yuñez se irrita
Y apercibe sus fieros escuadrones,
Y en confuso tropel los precipita
A batir de Castilla á los leones:
Cual bravo toro herido brama, él grita;
Y en tanto, los cristianos campeones
A su encuentro salian con fiereza,
Con el bravo Rodrigo á la cabeza.

Hallábase el rey Yuñez confiado
En su excesivo número de gente,
Y por eso su ejército situado
No se hallaba en paraje conveniente:
Don Pedro de Bermude, abanderado,
Acomete á los moros por el frente,
Y esta fué la señal de la pelea,
Y sangre en charcos por dó quier rojea.

Ni el yelmo, ni el escudo, ni la malla,
Nada al filo cortante resistía,
Que era brava y atroz esta batalla,
Y el campo con los muertos se cubría:
Sangre y desolacion dó quier se halla,
Y la tierra tambien estremecía
Al batirla millares de bridones
Que galopan en todas direcciones.

De matar, los cristianos se cansaban:
La victoria no estaba aun decidida:
Las bajas que á los árabes causaban
Las veían cubiertas en seguida;
A los nuestros tambien ellos diezmaban
Quedando ya la hueste reducida,
Porque aquellos soldados aguerridos
Querian más ser muertos que vencidos.

Por los moros se hallaba ya cercado
El ejército bravo de Rodrigo,
Cuando súbito vióse en un costado
A Alvar Fañez batiendo al enemigo;
Este, al ver nueva gente, amedrentado
Huyó arrastrando el estupor consigo:
Por creer que otro ejército venía,
El desaliento entró en la morería.

Eran solo doscientos castellanos
Que con Fañez se hallaban de emboscada;
Esto desalentó á los mahometanos,
Y por ello perdieron la jornada:
¡Bien se hartaron de sangre los cristianos
Persiguiendo al muslin en retirada!
Y al mismo Rey se hubiese aprisionado,
Si Rodrigo le hubiera divisado.

Abundante fué, y mucho, la riqueza
Que los moros perdieron en la liza;
El rey Yuñez huyó con ligereza,
Asombrado de horror por tanta riza;
Espanto le causaba la braveza
Conque al moro el cristiano le hizo triza,
Y apoderóse de él melancolía,
Muriendo al poco tiempo en Morería.

Todo entero quedó su campamento
En poder de los bravos castellanos;
Recorrieron las tiendas al momento,
Y vieron con esposas en las manos
Metido en la de Emir tan opulento
Al bravo Salvatore, dó inhumanos
Los moros le cargaron de cadenas,
Con las que andar podia á duras penas.

A Valencia volviéronse gozosos,
Y con gozo tambien los valencianos
Recibieron á aquellos venturosos
Que poseían de Marte los arcanos:
Arcos hubo de triunfo muy lujosos
Para honrar á los bravos castellanos,
Y en su pecho Jimena no podia
Contener tan dulcísima alegría.

La tienda del rey Yuñez, por estraña,
Remitida fué á Alfonso de Castilla,
Cual trofeo de tan feliz campaña
Ganada por el héroe que áun hoy brilla:
Los moros que habitaban en España
Vivían en contínua pesadilla:
Que ante un héroe tan bravo y tan famoso,
No podian tener jamás reposo.

Tambien al Rey mandó, como presente,
Trescientos potros escogidos, bellos,
Escoltados por noble y brava gente,
Y servidos por moros todos ellos:
El conjunto era rico y esplendente:
En lanzas y armaduras, mil destellos
Brillaban, y en alfanjes y monturas
De muy ricas y bellas bordaduras.

Llegó á Valladolid, dó el Rey estaba,
La embajada del héroe victorioso
Cuando á Alfonso el aviso se le daba,
Y á su encuentro, escoltado, fué gozoso:
Una comision de ella adelantaba,
Y el Monarca en extremo cariñoso:
—«Volveos, dijo, á vuestros compañeros,
Y ante mí desfilad, ca quiero veros.»

Despues de pasar todos los guerreros
Delante del Monarca castellano
A caballo, con pajes y escuderos,
Y moros con los diestros en la mano
Conduciendo los potros tan ligeros
Tomados en la lid al mahometano,
Recibió D. Alfonso á la Embajada
Que fué extremadamente festejada.

XVI.

Los condes de Carrion que ambicionaban
Las riquezas que el héroe poseia,
Por conducto del Rey solicitaron
Con D.ª Sol casarse, y D.ª Elvira,
Y como es consiguiente, lo lograron.
Casáronse en Valencia,
Y ocho dias duraron las funciones,
Y los Condes gozaron la opulencia
Que buscaban sus ruines corazones.
Vivieron algun tiempo venturosos

Los jóvenes esposos,
Hasta que el enemigo llegó un dia
Alterando la dicha que allí habia.
Preséntase el hermano del rey Yuñez
Con número tan grande de agarenos.....
Que los yernos del Cid que los miraron,
Ante su suegro invicto se aterraron
Haciendo á su linaje muy de ménos.
Bajaban del terrado
En que estaban mirando al enemigo,
Y á un leon que tenia D. Rodrigo
Le hallaron libertado
De la jaula, dó estaba ántes cerrado.
Cada cual á ponerse en salvo corre;
Don Diego se metió bajo un escaño,
Para evitar el daño
Que pudiera causarle aquella fiera.
Don Fernando entre tanto se metía
En oscuro lugar, dó no le viera.
El Cid de lo ocurrido
Noticioso, preséntase en seguida,
Y dejando á la gente sorprendida,
Al leon por el cuello le ha cogido,

Y en la jaula, en que estaba, le ha metido.
Reprende á sus dos yernos
Tamaña cobardía,
En tanto que los rostros de los Condes
Vergonzoso matiz enrojecía.
Los yernos resentidos
De haber sido afrentados,
Por su tio D. Suero aconsejados,
Prometieron vengarse fementidos.
Las graves circunstancias del momento
No eran para fraguar venganzas ruines,
Que á una legua se vía el campamento
Que habian levantado los muslines.
Un moro de Algeciras,
Jamet llamado, penetró en Valencia,
Y en nombre del rey Búcar á Rodrigo
Suplicó le admitiera en su presencia.
El héroe lo consiente,
Y así le habló Jamet, muy elocuente:
—«Cid Campeador: El rey Búcar me envia
A decirte le tienes enojado,
Porque fué esta ciudad de sus abuelos
E tú, contra derecho, la has tomado.

Que un ejército tiene poderoso
Para entrar cuando quiera hasta su centro
Et pasar á cuchillo á tí é á todos
Los tuyos que se encuentren aquí dentro:
Pero que como sabe que eres home
Entendido et muy noble, et muy valiente,
Facer quiere merced en este dia
A tí, tus fijas, tu mujer y gente,
Dejándovos sacar vuestros tesoros
Ca llevarlos podrédes á Castilla,
Quedando á más, amigos de los moros:
Et que si esto facer non lo queredes
Serédes atacados,
Et prendidos, é luégo encarcelados
Tú é tu esposa, tus fijas et parientes,
Si non sodes en lidia acuchillados.»

Al Cid que no arredraban amenazas
Contesta de este modo al enviado:

«Anda é dí á tu Señor ca yo non cedo
La ciudad que con sangre he conquistado,
E dícesle además ca se prepare
Ca non soy yo home de yacer cercado:
Ca non me importa su abundosa gente,

Nin toda la morisma de su tierra;
Que ayudado por Dios Omnipotente,
Les he de derrotar en esta guerra.
Ansí marcha et non vuelvas,
Porque non has de ser más rescebido:
E non te olvides de advertir á tu amo,
Ca cuide de esperarme apercebido.»
Marchóse el mensajero,
Y el Cid á sus soldados
Ordena que se encuentren preparados,
Para al siguiente dia
Dejar á los muslines derrotados.

Las tres de la mañana no serían
Cuando ya se encontraban los cristianos
Pasando la angostura de las huertas
En busca de los fieros mahometanos,
Y en sitio conveniente
Hizo alto Don Rodrigo con su gente,
Que fué distribuida
Para ser á la liza conducida.
Con quinientos caballos Alvar Fañez,

Y mil quinientos más de infantería
Iría por el centro,
Y á la inmensa morisma atacaría.
Confió fuerza igual á D. Gerónimo,
Obispo de Valencia,
Y quedó en la derecha colocado,
Que era este buen prelado
Hombre de gran valor y de prudencia.
Los bravos Salvatore y Antolinez
Colocados por Ruí en la izquerda fuéron,
Y él mismo y mil soldados de á caballo
Con cuatro mil de á pie, detrás siguieron.
Encuentran á los moros;
Principia la batalla;
Y la lanza, la espada y la ballesta,
No respetan ni el yelmo, ni la malla.
La furia de los moros es tremenda;
Con los gritos los aires ensordecen;
Seis horas llevan ya de lucha horrenda
Y los golpes de muerte no decrecen;
Y aunque miran sus muertos á montones,
La fiera y brava lid no les aterra,
Y cargan numerosos escuadrones,

Haciendo retemblar toda la tierra.
Veíanse gallardos
En bellos y belígeros corceles,
Con ricos albornoces y alquiceles
De seda recamados
Y de oro con magníficos bordados.
Que el rey Búcar había
Dispuesto en aquel dia
Penetrar en la plaza de Valencia,
Y queríalo hacer pomposamente,
Ostentando magnífica opulencia.
Así es que se encontraban
Bramando de coraje,
Y en masas numerosas avanzaban,
Cual de mar irritado el oleaje.
Mas cual si fueran rocas diamantinas
Los bravos castellanos escuadrones,
Las olas agarenas resistian,
Quebrándolas por todas direcciones.
El héroe D. Rodrigo que miraba
Sus bravos escuadrones ya diezmados,
Y de matar cansados
Sin verse decidida la victoria,

Penetra por el centro de los moros
A vencer ó morir lleno de gloria.
Seguíanle sus bravos campeones
Llenando á los infieles de pavura,
Y el Cid á Búcar divisar procura.
Distínguele en efecto,
Y veloz como el rayo vase á él recto;
Mas Búcar no le espera,
Que huyendo á la carrera
Dirígese á la playa,
Y en una embarcacion salva la vida,
Y el Cid al contemplar que se le escapa,
La lanza le tiró y le hizo una herida.
Los muslines al ver vencido á Búcar,
Cobardemente huían,
Y todos en las naves pretendían
Meterse los primeros,
Dó ahogados muchos de ellos perecían.
Terrible fué esta lid, donde los moros
Dejaron muchos miles de cadáveres,
Banderas, armaduras y tesoros.
Solamente en bridones
Fué inmensa la riqueza qne dejaron

Aquellos elegantes escuadrones
Que tanto á los dos Condes aterraron.
Volviéronse á Valencia los cristianos
Henchidos de entusiasmo y de alegría,
Y á los tristes vencidos mahometanos
Su armada les condujo á Morería.

XVII.

Los Condes de Carrion se despidieron
Del bravo D. Rodrigo, y se marcharon;
A los dos sus esposas les siguieron,
Y en venganza del Cid las maltrataron:
Declarados infames ellos fueron,
Y las hijas de Ruí se divorciaron,
Haciendo despues bodas muy brillantes
De Aragon y Navarra con infantes.

Años setenta y tres el Cid contaba,
Y enfermo en cama se quedó en Valencia:
Alvar Fañez su ejército mandaba
Como bravo guerrero y de experiencia:
El jefe almoravide se acercaba,
Y Fañez devorado de impaciencia,
Salió á batirle de entusiasmo lleno;
Mas ¡ay! que el triunfo fué del agareno.

Cuando el héroe Rodrigo derrotados
Vió á sus bravos guerreros tuvo pena;
Sus párpados quedáronse cerrados
Causando gran dolor á su Jimena:
Los parientes y amigos agrupados
A su lecho con faz nada serena,
Tenian los corazones doloridos,
Y todos perturbados los sentidos.

Así que hubo el desmayo terminado,
Y vió en torno de sí á sus compañeros
Y á su esposa, el caudillo venerado;
«Creí—dijo—ca nunca volvía á veros:
Mas puesto que la vida aun me ha dejado
El Señor, un encargo voy á haceros;
Ansí escuchadme con oido atento,
Que la vida fugaz escapar siento.»

«Cuando ya me halle muerto, non lloredes
Ca quiero ca lo ignore el mahometano,
E ansí en Valencia creo estar podredes
Interin vos socorre el Soberano;
Quiero, pues, ca contentos vos mostredes
E ca nunca se aflija el castellano,
Ca morir ha por fuerza el que ha nascido,
E yo, ya luengos años he vivido.»

Despues se preparó como cristiano,
A dejar esta vida desdichada,
Y al invicto guerrero castellano
Le fué la Extremauncion administrada:
Antes de fallecer abrió la mano
Y á su gente dejó recompensada;
No olvidando al magnífico convento
De Cardeña, cuando hizo testamento.

En el año de mil noventa y nueve
Murió el bravo y leal entre leales:
El Héroe á quien España entera debe
Consagrarle recuerdos eternales.
Y hay.... ¡mentira parece! quien se atreve
A negar su existencia y hechos tales
Que escritos hoy se ven en monumentos
Y en árabes é iberos documentos!

Setenta y dos batallas dió en su vida,
Y en ninguna jamás fué derrotado;
Su gloria es justamente enaltecida,
Y él de propios y estraños venerado:
Solo es Búrgos, ¡su patria! quien le olvida,
Que si no ya estaría realizado
El proyecto de un hombre distinguido; (10)
Pero Búrgos..... jamás ha respondido.

Burgaleses: Venzamos la apatía
Que reina entre nosotros, censurable,
Y llegue de una vez feliz el dia
Que honremos su memoria venerable:
El proyecto que cito, ser debia
Protegido por digno y realizable;
Pongámosle por obra y al momento
En Búrgos tendrá el Cid un monumento.

Que vea el extranjero, que admirado
Visita de Castilla la cabeza,
Que los hijos del Cid han venerado
Las virtudes del Héroe y su braveza.
Noble Búrgos: Si no has degenerado
En tu amor por la cívica grandeza,
Honra ya al que te ha dado tanta gloria,
Y levanta un trofeo á su memoria.

XVIII.

Despues del Cid ya muerto, Valencia fué atacada
Por el almoravide que en ella quiso entrar;
Pero la ilustre viuda sostuvo denodada
Sus múltiples ataques, y le hizo retirar.

El año mil ciento uno, sitiada fué Valencia
Por poderoso ejército del moro Mazdalí,
Jimena con sus bravos le opuso resistencia,
Y más de siete meses sostúvose ella así.

Por fin, siguiendo el cerco mandó al Rey embajada,
Y Alfonso de Castilla llególa á socorrer;
Entró sin resistencia en la Ciudad sitiada
Y vió que era dificil poderla sostener.

Se hallaba muy distante del centro de su Estado
Y le faltaba el brazo del Gran Campeador;
Por eso á abandonarla se vió el Rey obligado,
Poniéndola ántes fuego por todo su redor.

Salió solemnemente la guarnicion cristiana
Llevándose el cadáver del Héroe sin rival: (11)
Tomó posesion de ella la tropa musulmana,
Mas solo halló cenizas y aspecto funeral.

NOTAS.

(1) Reinaba D. Garcia Sanchez, 5.º y último Conde Soberano de Castilla.

(2) Se hallaba situada la Caballeriza al Oeste de Búrgos, frente á la que es hoy fábrica de papel continuo de D. Emilio de S. Pedro y Compañía, donde se encuentra la Granja de S. Martin. Cuando murió el padrino del Cid dejó en su testamento la mencionada Caballeriza á los monjes de S. Pedro de Cardeña, quienes la han poseido hasta la época de su exclaustracion.

(3) Doña Urraca, hija de D. Fernando 1.º

(4) Era considerado en aquella época el desafio como el Juicio de Dios. La razon era siempre del que tenia la suerte de salir vencedor.

(5) Santa Gadea. Aun existe y se conoce con el nombre de Sta. Agueda.

(6) Emir de Valencia.

(7) Emir de Zaragoza.

(8) D. Diego Rodriguez, hijo bastardo del Cid.

(9) Reinaba Amozaben, por muerte de Zulema.

(10) En 1860 y en varias ocasiones despues, ha presentado el Illmo. Sr. D. Eduardo A. de Bessón el siguiente

«PROYECTO DE MONUMENTO AL CID CAMPEADOR.

Se abre una suscricion en la provincia de Búrgos para construir en la capital un monumento digno, severo, pero muy sencillo, á la memoria del héroe castellano.

Se admiten donativos desde 12 1/2 céntimos de peseta

(medio real) hasta la cantidad que guste dar la filantropía de los hijos y moradores de esta provincia.

Se anunciará desde luégo el concurso para el proyecto del monumento, que no ha de pasar de 100.000 pesetas, y que se someterá á la aprobacion de la Academia de San Fernando. El proyecto premiado recibirá 2.500 pesetas de indemnizacion, y su autor dirigirá la realizacion de la obra.

Se recomendará á los Señores Alcaldes de todos los pueblos de la provincia, que procuren que, atendido lo patriótico del objeto y lo exíguo de la cuota mínima de la suscricion, procuren, por orgullo provincial, que aparezcan en las listas el mayor número posible de los nombres de sus respectivos vecinos.

Se abrirá una suscricion con una invitacion á S. M. el Rey, á S. A. la Princesa de Astúrias, al Consejo de Ministros, á los Senadores, á los Diputados, á las Autoridades de todo género de la provincia y á todas las clases del Ejército y Armada.

Se admiten suscriciones del resto de la Nacion, y todos los Ayuntamientos quedarán facultados para recibirlas, avisando oportunamente á la Comision Central de Búrgos.

El *Boletin Oficial* y la *Gaceta* publicarán cada quince dias la lista de suscritores.

El cálculo aproximado de gastos seria el siguiente:

	Pesetas.
Monumento.	100.000
Premio al autor del proyecto.	2.500
Honorarios al Arquitecto.	7.500
Toda clase de gastos, impresiones, giros, etc.	2.500
Total de gastos.	112.500

El cálculo aproximado de ingresos seria el siguiente:

Censo de la provincia. . . . . 350.300 habitantes.
De estos no serán suscritores. . . . , . 150.000

			Ptas. Cts.
Lo serán á razon de 12 1/2 cts. de peseta	137.500	que hacen un total de..	17.187,50
Idem á 50 cts.	25.000	..	12.500
Idem á 1,00 pta.	20.000	..	20.000
Idem á 1,50	7.500	..	11.250
Idem á 3,50	10.000	..	35.000
Idem á 5,00	100	. .	500
Idem á 10,00	100	. .	1.000
Idem á 25,00	100	. .	2.500
Total de suscritores. . .	200.300	Total de suscricion	
Idem que no lo son. . . .	150.000	de los mismos.	99.937,50

Igual al censo de la provincia. 350.300

Suscricion de fuera de la provincia. 12.562,50

Total de suscriciones por todos conceptos. 112.500

	Ptas. Cs.
Total general de gastos.	112.500
Idem de ingresos.	112.500
Rbsúmen.	0»

Tomarian parte en este proyecto casi todos los vecinos de la provincia, y eternizarian su memoria la Diputacion y Municipio que le planteasen.

(11) El cuerpo del Cid fué llevado al Monasterio de

Cardeña, habiendo sido colocado al lado suyo el de Doña Jimena el año 1104 en que falleció. Despues de varias traslaciones han permanecido en dicho Monasterio los venerandos restos hasta el 19 de Junio de 1842 en que se trasladaron definitivamente á Búrgos, y fueron depositados en la Casa Consistorial, en donde continúan.

Los sepulcros vacios del Cid y Doña Jimena, se hallan unidos en el referido Monasterio, y una de sus inscripciones dice así:

«Cuanto se sublimó la poderosa Roma por las belicosas hazañas de sus capitanes: Cuanto honra á la Gran Bretaña la gloria de Arturo: Cuanto se ennobleció Francia con las heróicas acciones de Carlo-Magno..... Tanto ilustró á España el Cid, nunca vencido ni aun de los más valientes capitanes.

LISTA

DE

SEÑORES SUSCRITORES,

POR ÓRDEN ALFABÉTICO DE NOMBRES.

Sr. D. Abelino Negro.

Srita. D.ª Adela Sanchez Cantos.

Sr. D. Adriano Ugarte.

Sr. D. Agapito Saiz.

Sr. D Agapito Zamorano.

Sr. D. Agustin de Santa Maria.

Sr. D. Agustin Ruiz Yanguas.

Sr. D. Agustin Rodriguez, presbitero.

Sr. D. Alberto Aparicio.

Sr. D. Alfredo B. Santa Maria.

Srita. D.ª Amalia Cuesta.

Sr. D. Anacleto Aldea.

Sr. D. Andres Pozuelo.

Sr. D. Andres Ruiz.

Sr. D. Angel Gutierrez.

Sr. D. Angel Zamora.

Sr. D. Antonio Jimenez Flores.

Sr. D. Antonio de Terán.

Sr. D. Antonio Ranz.

Sr. D. Antonio de Conmiges y Mallor, administrador del Real Patronato del Hospital del Rey.

Sr. D. Antonio Tobal.

Sr. D. Antonio Alvarez Carretero.

Sr. D. Antonio Martin Francia.

Sr. D. Antonio Resino.

Sr. D. Aquilino de la Torre.

Sr. D. Aquilino Villaizan.

Sr. D. Arturo Regidor.

Excmo. é Illmo. Sr. Arzobispo de Búrgos, por doce ejemplares.

Excmo. Ayuntamiento de Búrgos, por cinco ejemplares

Excmo. Ayuntamiento de Valladolid, por doce ejemplares.

Ayuntamiento de Melgar de Fernamental, por dos ejemplares.

Ayuntamiento de Villanueva Argaño.

Sr. D. Aureliano Palomares.

Sr. D. Baldomero Pampliega.

Sr. D. Bartolomé Cuesta.

Sr. D. Benito Martinez.

Sr. D. Benito Carazo.

Sr. D. Bibiano Ayuso.

Sr. D. Bonifacio Sainz de Aja.

Sr. D. Bonifacio Merino.

Sr. D. Bustos Rodriguez, por dos ejemplares.
Sr. D. Cándido Ladron Blanco.
Sr. D. Cándido Pablo.
Sr. D. Cárlos Gardyne.
Sr. D. Cárlos Garcia.
Sr. D. Cárlos Cid.
Sr. D. Casiano Nájera.
Sr. D. Casto Diaz de Rábago.
Sr. D. Celestino Palacios.
Sr. D. Cesareo Maestro.
Sr. D. Cipriano Gutierrez.
Sra. D.ª Ciriaca Villar.
Sr. D. Cirilo Alvarez.
Sr. D. Claudio Bajo.
Sr. D. Claudio Miguel.
Sr. D. Dámaso Quevedo.
Sr. D. Daniel Gil y Romo.
Sr. D. Daniel Gonzalez.
Sr. D. Daniel Miguel.
Sr. D. Demetrio Val.
Sr. D. Desiderio Santocildes.
Sr. D. Dionisio Martin.
Sr. D. Domingo Monterrubio.
Sr. D. Domingo Miguel.
Sr. D. Domingo Divar.

Sr. D. Domingo Barona, por dos ejemplares.

Sr. D. Eduardo de las Fuentes.

Sr. D. Eladio Otero.

Srita. D.ª Elena Fernandez.

Srita. D.ª Elisa Martinez.

Sr. D. Emeterio Gonzalez.

Sr. D. Emilio Alaguero.

Sr. D. Emilio Piñuela.

Sr. D. Ernesto Canton Salazar.

Sr. D. Esteban de la Hoya.

Sr. D. Esteban Riloba.

Sr. D. Evaristo Barrio.

Sr. D. Eustaquio Escribano.

Sr. D. Facundo Campo.

Sr. D. Faustino de las Heras y Monedero.

Sr. D. Fausto Moreno.

Sr. D. Federico de la Llera.

Sr. D. Federico Santiago.

Sr. D. Feliciano Palacios.

Sr. D. Felipe Pinedo.

Sr. D. Felipe Valdivielso, por dos ejemplares.

Sr. D. Felix Gil Rodriguez.

Sr. D. Felix Azcona.

Sr. D. Fernando Zarzosa.

Sr. D. Fernando Gallardo, presbítero.

Illmo. Sr. D. Fermin Abella, secretario de la Intendencia General de la Real Casa y Patrimonio, por cinco ejemplares.

Sr. D. Fidel Miguel.

Sr. D. Florencio Vidal.

Sr. D. Francisco de Vega.

Sr. D. Francisco de Mendieta.

Sr. D. Francisco del Prado.

Sr. D. Francisco Riloba.

Sr. D. Francisco Beato.

Sr. D. Francisco Rodriguez.

Sr. D. Frutos Arnaiz.

Sr. D. Gabriel Foronda Lerena.

Sr. D. Gabriel Fernandez.

Sr. D. Guillermo Diaz de la Monja.

Sr. D. Gregorio Nogales, presbitero.

Sr. D. Gregorio Villalain.

Sr. D. Gregorio de la Iglesia y Ortega.

Sr. D. Gorgonio Escudero.

Sr. D. Heliodoro Rojas.

Sr. D. Hermenegildo Ebro, por ocho ejemplares.

Sr. D. Higinio Tolin.

Sr. D. Hilario Morquecho.

Sr. D. Ignacio de la Iglesia y Ortega, capellan de Honor y predicador de S. M.

Sr. D. Ildefonso Miejimolle.

Sr. D. Ildefonso Garcia.

Sr. D. Isidro Santa Maria.

Sra. D.ª Jacinta Conde.

Sr. D. Jacinto Alvarez.

Sr. D. Jacobo Moreno, comisario de Guerra.

Sr. D. Jorge Salas.

Excmo. Sr. D. José de Salcedo y Ferrer, mariscal de campo de los Ejércitos Nacionales.

Sr. D. José Martinez Rives.

Sr. D. José Rio y Gili.

Sr. D. José Santiago Martinez.

Sr. D. José Lopez.

Sr. D. José Alonso.

Sr. D. José de la Hoya.

Sr. D. José Navarro, coronel de Ingenieros.

Sr. D. José de Simon.

Sr. D. José Mas, por dos ejemplares.

Sr. D. Juan José Arroyo y Ontoria.

Sr. D. Juan G. Mathé.

Sr. D. Juan Fontecha.

Sr. D. Juan Dominguez.

Sr. D. Juan Pozo.

Sr. D. Juan Garcia Muñoz.

Sr. D. Juan P. Echevarría.

Sr. D. Juan Ramas.

Sr. D. Juan Mateo de la Monja.

Srita. D.ª Julia Fernandez.

Srita. D.ª Julia Garcia Gonzalez.

Sr. D. Julian del Barrio.

Sr. D. Julian Calleja Calvo.

Sr. D Leandro Iguzquiza.

Sr. D. Lisardo Blanco.

Sr. D. Lorenzo Garcia.

Sr. D. Lucas Villangomez.

Sr. D. Lucas Esteban.

Sr. D Lucio Rodriguez.

Sr. D. Luis Lozano Ulivarri.

Sr. D. Luis Francisco.

Sr. D. Luis Calzada.

Sr. D. Luis Garcia Acuña.

Sr. D. Macario San José.

Sr. D. Manuel Bernal Pintor.

Sr. D. Manuel Bernal.

Sr. D. Manuel Rico

Sr. D. Manuel Guerra.

Sr. D. Manuel Jimenez.

Sr. D. Manuel Rodriguez, presbitero.

Sr. D. Manuel de Abajo.

Sr. D. Marcelino Bonifaz.

Sr. D. Marcelino Ares.

Sr. D. Marcial Prieto y Ramos.

Sr. D. Mariano Valderrábano.

Sr. D. Mariano Saez.

Sr. D. Martin Ayala, presbitero.

Sr. D. Máximo Garcia.

Sr. D. Melchor Prieto, abanderado del Provincial de Búrgos.

Sr. D. Meliton Ruiz del Portal.

Sr. D. Melquiades Gonzalez.

Sr. D. Miguel Lopez.

Sr. D. Nicolas Arteaga.

Sr. D. Nicolas Villegas.

Sr. D. Nicomedes Ortega Perez.

Sr. D. Pablo Cobo.

Sr. D. Pantaleon Gutierrez.

Sr. D. Pantaleon Peñalva.

Sr. D. Pascual Moliner.

Sr. D. Pascual Darí.

Sr. D. Pascual Revilla, presbitero.

Sr. D. Pascual Maria Lerin, idem.

Sr. D. Pedro Calleja.

Sr. D. Pedro Tamayo.

Sr. D. Pedro Vergara.

Sr. D. Pedro Perez, presbitero.

Sr. D Pedro Martinez.

Sr. D. Pedro Moral.

Sr. D. Pedro Martinez Perez.

Sr. D. Pedro Gil.

Srita. D.ª Práxedes Catalan.

Sr. D. Primitivo Gonzalez del Alba.

Sr. D. Primitivo Carcedo.

Sr. D. Prudencio Diez Labrador.

Sr. D. Prudencio Diez Peña.

Sr. D. Ramon Polin.

Sr. D. Ramon Gutierrez.

Sr. D. Ramon Sanchez.

Excmo. Sr. D. Remigio Moltó, capitan general de Búrgos.

Sr. D. Restituto Anton.

Sr. D. Ricardo Vicario.

Sr. D. Santiago Jalon.

Sr. D. Santiago Rodriguez Nebreda, por cuatro ejemplares.

Sr. D. Santiago Valdivielso.

Sr. D. Santiago de la Calle.

Sr. D Santos Martinez de Osaba.

Sr. D. Santos Lopez.

Sr. D. Santos Gallarza.

Sr. D. Saturnino Gutierrez Fernandez.

Sr. D. Saturio Azcona.

Illmo. Sr D. Sebastian Pardo, gobernador eclesiástico de la Habana.

Sr. D. Segundo Gutierrez.

Sr. D. Segundo de la Morena.

Sr. D. Serafin Salvador, por dos ejemplares.

Sr. D. Silvestre Baygorri.

Sr. D. Telesforo Delgado.

Sr. D. Teófilo Ceballos.

Sr. D. Tomás Riloba Rodriguez.

Sr. D. Tomás Diaz.

Sr. D. Tomás Garcia Ruiz.

Sr. D. Toribio Caballero.

Sr. D. Venancio Lozano.

Sr. D. Venancio Martinez.

Sr. D. Ventura Hinojal.

Sr. D. Vicente de Pereda.

Sr. D. Vicente Hidalgo.

Sr. D. Vicente Pino.

Sr. D. Vicente Maté.

Sr. D. Vicente Villaverde.

Sr. D. Vicente Moliner.

Sr. D. Victor Palacin.

Sr. D. Zacarias Gomez.

ÍNDICE.

Fólios.

CANTO I. Invocacion. 7

CANTO II. Nacimiento del Cid.—Su educacion.—Su privanza con D. Fernando I, y sus hechos de armas durante este reinado.—Muerte de D. Fernando I. 9

CANTO III. D. Sancho de Castilla.—El Cid.—D. Alfonso de Leon y D. Garcia de Galicia.—Batallas de Llantada y de Golpejar.—Destronamientos de D. Alfonso y de D. Garcia.. . . 28

CANTO IV. El Cid de embajador en Zamora.—Su destierro. — Revocacion de la órden de destierro.—Cerco de Zamora.—Bellido Delfos.—Muerte de D. Sancho. 35

CANTO V. D. Alfonso en el campamento castellano. —Sospechas.—El Cid le intima la Jura.—Entrada en Búrgos. 47

CANTO VI. El Cid en Palacio.—La Jura en Santa Gadea.—El Cid á cobrar párias. 52

CANTO VII. Invasion de los moros en Castilla.—El Cid les derrota y se interna en el reino de Toledo.—Intrigas de la Corte de Castilla.—Destierro del Cid. 60

CANTO VIII. Marcha del Cid.—Su ejército en Búrgos y Cardeña. — Toma del Castillo de Castrejon.. 70

CANTO IX. Toma del Castillo de Alcocer y de toda su comarca. — Vence á los reyes Faris y Galve.—Embajada á D. Alfonso. 77

CANTO X. El Cid en Zaragoza.—Llegada de la Em-

bajada castellana.—El Cid vence á moros y catalanes y apresa al conde D. Ramon de Barcelona. 84
CANTO XI. El Cid en el sitio de Toledo.—Toma del Castillo de Rueda.—Rindese Toledo. . . . 94
CANTO XII. Hiaya, rey de Valencia.—Triunfos del Cid en aquel Reino. 99
CANTO XIII. El Cid y D. Alfonso.—Intrigas de la Corte de Castilla.—Marcha el Cid á Valencia.—Muerte del rey Hiaya.—Disturbios en Valencia.—Sitio de la ciudad.—Los Almoravides.—Toma de la ciudad.—Discurso á los moros. 104
CANTO XIV. Embajada á D. Alfonso recibida en Palencia.—La esposa y las hijas del Cid. . . 114
CANTO XV. El rey Yuñez vencido por el Cid.—Embajada á D. Alfonso recibida en Valladolid. . 119
CANTO XVI. Los condes de Carrion.—Batalla ganada al rey Bucar. 126
CANTO XVII. Enfermedad del Cid.—Fañez derrotado por los Almoravides.—Muerte del Cid. . . 135
CANTO XVIII. Evacuacion de Valencia. 139
Proyecto de Monumento al Cid. 141
Lista de Señores suscritores. 145

FIN.

ERRATAS.

En la página 122, octava 2.ª, verso 6.º, dice:

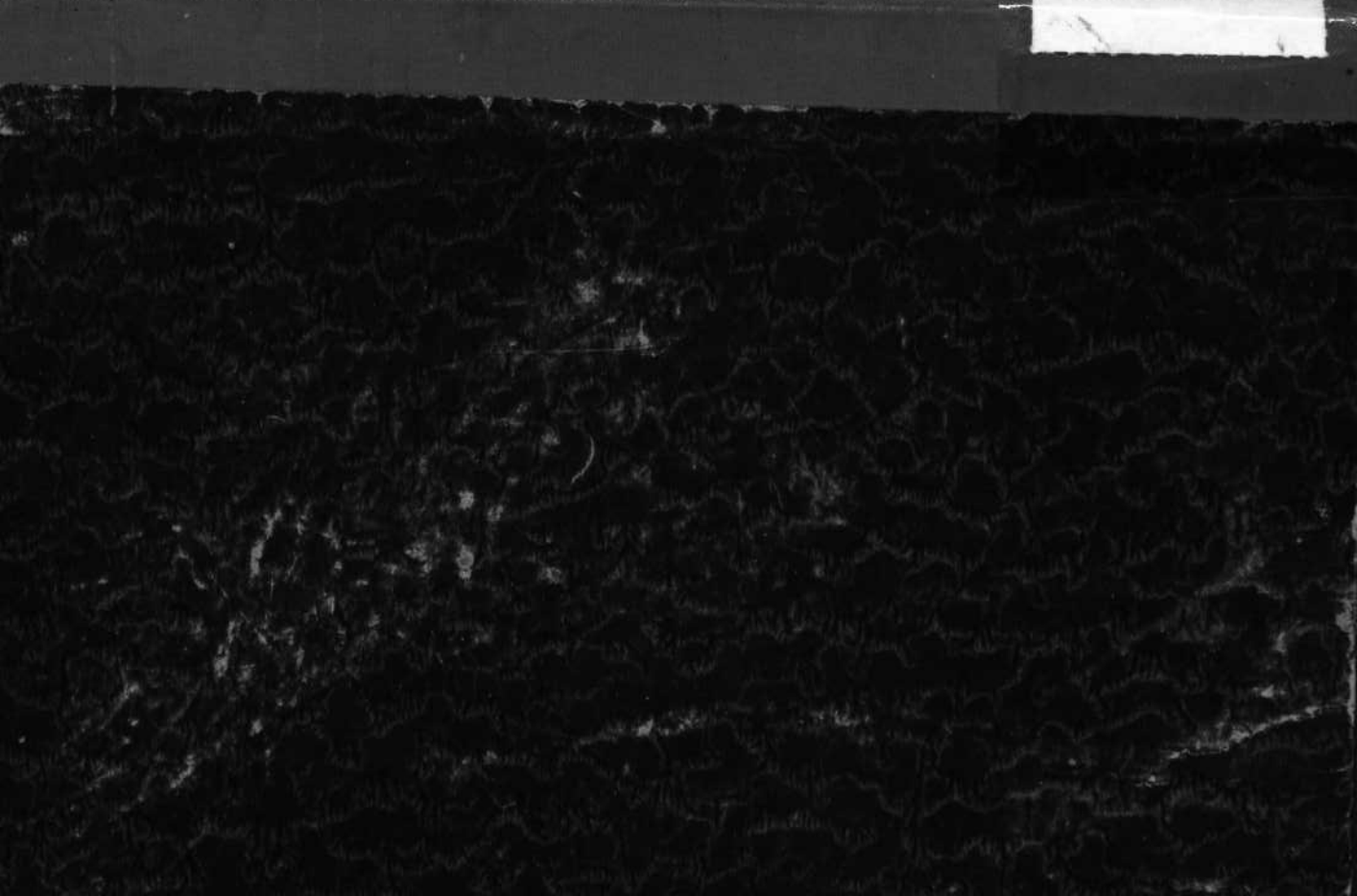
Y la tierra tambien estremecía

Debe decir:

Y la tierra tambien se estremècia.

La correccion de las demás erratas se deja al buen sentido del lector.

D. Tomas Gimenez



G 24772